

EL MUNDO DE MAÑANA

CXVII
os de los pecadores me ro-
partes; mas yo no me ol-
noche me levantaba a
as por tus juicios llenos
la parte, o tengo so-
os que te temen y ob-
nientos.
a tierra ¡oh Dios! de
atrasame en sus juicios
de bondad, oh de
de misericordia
misericordia de misericordia

¿Es peligroso el cristianismo?

pág. 4

En memoria de Richard Ames Pág. 2 | ¿Debemos celebrar la navidad? Pág. 8 |
Abominaciones olímpicas Pág. 11 | Desaparición de la familia Pág. 12 |
Los líderes que merecemos Pág. 14 |
Preguntas y respuestas Pág. 17 | El desastre de Áberfan Pág. 18 |
¿Debemos guardar el sábado? Pág. 20 | Laringe, lenguaje y logos Pág. 23 |

Noviembre y diciembre del 2024

www.elmundodemanana.org

Mensaje personal del director general, Gerald E. Weston

EL MUNDO DE MAÑANA

Director general Gerald E. Weston
Director obra hispana Mario Hernández
Colaboradores Margarita Cárdenas
Carmen Enid Orrego
Cristian Orrego
John Robinson
George Schaubeck

Direcciones de El Mundo de Mañana

Argentina Tel: +57 301 770 7501	Estados Unidos Apartado 3810 Charlotte, NC 28227-8010 Tel. 1 (704) 844 1970
Bolivia Tel: +57 301 770 7501	Guatemala Tel. +502 7775 4824
Chile Pasaje Osvaldo Muñoz Romero 0185 Villa Los Héroes Comuna de Maipú, Santiago de Chile Tel: +56 9 3905 4470	México Tel: +55 7775 0358
Colombia Tel: +57 301 770 7501	Panamá Apartado 1320 838 Estafeta Los Pueblos, Panamá
Costa Rica Apartado 234-6151 Santa Ana Tel. (506) 2100 7760	Puerto Rico Tel. +787 420 4543
España Apartado 14058 Málaga Tel. +34 660 55 36 62	Venezuela Tel. +58 426 654 9642

www.elmundodemanana.org Correo: elmundodemanana@lcg.org



En memoria de Richard F. Ames

Con profunda tristeza informamos del fallecimiento del consagrado evangelista Richard Franklin Ames. Muchos lectores conocieron al señor Ames mediante sus folletos, programas y artículos de *El Mundo de Mañana*. Quizás hayan tenido incluso la oportunidad de conocerlo personalmente en alguna de nuestras presentaciones de *El Mundo de Mañana*.

El señor Ames era una persona motivada, una personalidad activa ineludible. Nacido en junio de 1936, se crió en Nueva Londres y Meriden, estado de Connecticut. Se educó en las escuelas públicas, donde fue capitán del equipo de fútbol y presidente estudiantil de su curso. Empezó su trayectoria como presentador en los medios de difusión, trabajando después de las horas de clases como anunciador en una estación radial de Meriden. Terminada la escuela secundaria, hizo estudios superiores en el Instituto Politécnico Rensselaer de Troy, Nueva York, donde se graduó como ingeniero. Luego, llevó un curso de posgrado de un año en ingeniería de tránsito y transporte en la universidad de Yale. Al concluir, fue contratado como ingeniero de transportes en la Comisión de Planificación Regional del Sureste de Virginia, en Norfolk, estado de Virginia.

Sin embargo, finalmente su llamamiento no sería la ingeniería. Comprendió, como sucede a muchos, que algo le faltaba en la vida. En 1962, cuando conoció la obra dirigida por el señor Herbert W. Armstrong, renunció a su trabajo en Virginia para asistir a la Institución Ambassador en Pasadena, California. Allí fue presidente del cuerpo estudiantil, y en 1964 contrajo matrimonio con Kathryn Lind Meredith, hermana menor del evangelista Roderick C. Meredith, quien me antecedió en esta obra.

Un año más tarde, el señor Ames fue ordenado ministro de Jesucristo, y sirvió en las congregaciones de siete estados como parte de una obra que se encontraba en rápido crecimiento. En el curso de su vida enseñó teología, oratoria y transmisión radial en la sede de la Institución Ambassador en Big Sandy, Texas; y fue, además, director de admisiones, profesor de teología y director de servicios escolares en la sede de Pasadena.

Entre 1986 y 1994, su rostro se convirtió en figura familiar para muchos televidentes del programa *El Mundo de Mañana*, que en su momento llegó a ser el programa religioso de mayor sintonía en los Estados Unidos. Como uno de los cuatro presentadores, el señor Ames grabó programas sobre el terreno en Israel, Egipto, Reino Uni-

La revista *El Mundo de Mañana* no tiene precio de suscripción. Se distribuye gratuitamente a quien la solicite gracias a los diezmos y ofrendas de los miembros de la Iglesia del Dios Viviente y otras personas que voluntariamente han decidido tomar parte en la proclamación del verdadero evangelio de Jesucristo a todas las naciones. Salvo indicación contraria, los pasajes bíblicos que se citan en esta publicación han sido tomados de la versión Reina Valera revisión de 1960.

Nuestra portada: *El verdadero cristianismo nunca es peligroso, el falso lo es, y mucho.*

do, Alemania y los Estados Unidos.

El señor Ames dejó la Iglesia de Dios Universal cuando empezaron a imponer doctrinas paganas y filosofías griegas, en lugar de las claras enseñanzas de las Escrituras. Humildemente se unió con muchos otros que apoyaban la obra revitalizada y dirigida por su cuñado, decisión que explicó en una carta escrita en ese momento: “Yo solía discutir con el doctor Meredith, diciéndole que la Iglesia de Dios Universal jamás aceptaría una doctrina que no apareciera en ninguna parte de las Escrituras, y que la Iglesia no abandonaría la santidad del sábado. Él tenía la razón; el equivocado fui yo”.

Poco tiempo después, el doctor Meredith le pidió al señor Ames que volviera a la televisión, donde produjo programas desde 1996, hasta pocas semanas antes de su muerte. Cuando se organizó la Iglesia del Dios Viviente, fue nombrado director de operaciones mediáticas. Su trabajo en los medios de difusión y como escritor y conferencista, lo puso en contacto con millones de personas en muchos países del mundo. Era profundo conocedor de lo que Dios ha profetizado para sus siervos fieles que dedican la vida a su obra: “Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad” (Daniel 12:3).

Pero las fechas, lugares y logros no nos lo dicen todo sobre la persona. Aun en sus últimos días, recluido en su lecho del hospital, quería saber: *¿Cómo va la obra? ¿Ya se envió a la imprenta el último libro?* Su mente estaba concentrada en hacer la obra de Dios... como estaba la de Jesucristo, quien proclamó a sus discípulos: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Juan 4:34).

Cuanto más conocemos a una persona, más nos damos cuenta de que Jesucristo fue el único ser perfecto que alguna vez pisó la Tierra. Sabiéndolo, alguien le preguntó cierta vez al señor Ames, cómo podía trabajar para su cuñado, pues seguramente había tenido ocasión de ver personalmente las flaquezas humanas del doctor Meredith. Su respuesta fue tajante: “Es que yo temo a Dios”. Comprendía profundamente que Jesucristo es la verdadera Cabeza de la Iglesia, y que mientras el líder humano siga a Jesucristo, como se enseña claramente en la Biblia, sería un error muy grave oponerse a él, por muy imperfecto que sea. No dudo que por esa misma razón, el señor Ames fue quien más apoyo me brindó cuando fui nombrado sucesor del doctor Meredith, pese a que yo tenía casi diez años menos que él.

Durante muchos años, el señor Ames fue un verdadero *hombre de estado* entre nosotros, la voz de ecuanimidad en la sala. En palabras de un ministro canadiense: “Cuando el señor Ames hablaba, todos escuchaban”. El señor Stuart Wachowicz, evangelista y director regional de Canadá para *El Mundo de Mañana* y la Iglesia del Dios Viviente, escribió lo siguiente acerca del hombre que había aprendido a conocer:

“El señor Richard Ames vivirá en nuestro recuerdo por sus muchas contribuciones a la obra de Dios en esta era. Su mente se concentraba totalmente en *hacer la obra*, y fue motivo de inspiración y ánimo, para que todos miráramos más allá de nuestros propios deseos, y proyectáramos nuestras energías hacia el llamamiento que tanto valoraba. Mi esposa y yo recordaremos al señor Ames ante todo por su exhortación de ‘reclamar las promesas de Dios’, y así confiar profundamente en nuestro Padre y en Jesucristo. Tendremos siempre el precioso recuerdo de una visita que el señor Ames y su señora hicieron a Alberta hace ya varios años, durante la cual hizo varias presentaciones de *El Mundo de Mañana* en Red Deer y Calgary. Su cariño sincero por los hermanos dejó



Richard F. Ames se destacó por presentar *El Mundo de Mañana* durante decenios, dedicarse apasionadamente a la obra del Señor y la predicación del evangelio. También fue conocido por su amabilidad y por aconsejar a los jóvenes.

una profunda y duradera impresión, la misma que sentían los miembros en toda la nación. Qué gusto será verlo de nuevo con su cuerpo glorificado en el venidero Reino de Dios”.

El señor Ames hizo comprensible la profecía para millones de personas, y tres de sus folletos trataban sobre este tema: *La profecía bíblica, Armagedón... y después* y *El Oriente Medio en profecía*. Pero lo que le interesaba no era solamente dilucidar los sucesos futuros, sino llevar a muchos a la obediencia a Dios. Veamos esta amonestación en su artículo: *¿Cómo escapar del Armagedón!* En la edición de septiembre y octubre del 2024 de la revista *El Mundo de Mañana*, publicado poco después de su muerte (pág. 7):

“Si no hemos estado orando, este es el momento de ponernos de rodillas, y rogarle a Dios que haga un cambio en nuestra vida. Las Escrituras nos dicen que nos acerquemos a Dios: ‘Buscad al Eterno mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Eterno, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar’ (Isaías 55:6-7). Dios promete bendecirnos y perdonarnos, siempre y cuando lo busquemos de todo corazón”.

Como maestro y voz de constante aliento, el señor Ames siempre buscaba lo mejor en los demás. En ocasiones era muy directo: Enfatizaba, pero no ofendía. Si veía que en alguna manera alguien podía mejorar su vida, se lo hacía saber... pero lo hacía motivado sinceramente por amor, y el deseo de ayudar a mejorar, a la vez que él mismo procuraba cumplir con las normas más altas.

Richard Ames fue un colaborador nuestro en Jesucristo, un verdadero amigo y gran inspiración. Anhelamos verlo de nuevo en la resurrección cuando venga el Reino de Dios.


Gerald E. Weston



Simbolo de advertencia de peligro de radiactividad.

Ante la reacción generalizada contra los valores bíblicos, saber la diferencia entre el cristianismo falso y el verdadero es más importante que nunca.

Por: Rod McNair

¿Es peligroso el cristianismo? La pregunta parece absurda. Al fin y al cabo, el cristianismo promueve el amor al prójimo, dar la otra mejilla y tener misericordia para con los enemigos. ¿Acaso *eso* es peligroso?

No obstante, se ha extendido en años recientes la versión de que las tradiciones cristianas de siglos no convienen a la sociedad, e incluso que pueden ser perjudiciales. Quienes ya tienen algunos decenios de vida probablemente han notado este cambio, y les ha llamado la atención. Según esa versión, el cristianismo es excluyente, no es compasivo y con el paso del tiempo resultó anticuado. La lista de críticas es interminable.

Sin embargo, las tradiciones basadas en la Biblia han formado la columna vertebral de la civilización Occidental desde hace siglos. Considerando que Jesucristo enseñó amor, misericordia y consideración por el prójimo, cabe preguntarse: ¿cómo llegó el cristianismo a convertirse en un aparente enemigo? ¿Qué causó este cambio en la

manera como se percibe la religión más difundida del mundo?

Las transformaciones culturales no se presentan de la noche a la mañana, ni ocurren en un vacío. Los cambios dramáticos que hemos visto en la sociedad tienen sus razones, como la tiene la creciente tendencia hostil. ¿Cómo interpretar esta tendencia? ¿Por qué está ocurriendo? Y, lo que es más importante: ¿Qué hacer? Las respuestas no son obvias... pero sí son bíblicas.

Creciente persecución

Hay quienes consideran que el cristianismo es peligroso, y no hay duda que el cristianismo en sí es blanco de ataques. Aproximadamente, 2.500 millones de personas en el mundo se dicen cristianas, y 365 millones residen en países donde sufren “un alto grado de persecución o discriminación” (*Christianity Today*, 17 de enero del 2024).

Es fácil hacer caso omiso de lo anterior si vivimos en el mundo Occidental, alejados de la persecución y gozando de mucha li-

bertad. Pero hay señales de que esas libertades se están erosionando, incluso en el Occidente... y es muy posible que en el horizonte se profile una persecución aun mayor.

En Canadá, algunos legisladores están abogando por normas que definirían el lenguaje del odio en términos más generales que antes. Escocia ya promulgó legislación en ese sentido, y en Finlandia, la parlamentaria Päivi Räsänen fue demandada en el 2022 por un *delito de odio* relacionado con la Biblia. Se le acusó de hacer comentarios peyorativos contra los homosexuales al citar Romanos 1:24-27, aunque solamente estaba expresando lo que dice la Biblia. La Biblia *misma* se encuentra en el banquillo.

Esto debe preocupar a todos aquellos que se consideran cristianos. *ReligiousFreedomInstitute.org* lo resumió muy bien: “La acción judicial contra Räsänen no hizo más que llegar a una conclusión lógica del cambio ideológico, ocurrido en el trascurso de los últimos decenios, no solamente en Finlandia sino también en los Estados Unidos, Canadá y el resto de Europa Occidental. Hoy en el Occidente... cuando este tipo de progresismo instintivamente secularista se ha impuesto como la norma cultural, Romanos 1:24-27 es lenguaje de odio” (*¿La Biblia como lenguaje de odio?*, 1 de abril del 2022).

¿Qué hacer, entonces, si la sociedad tilda de peligrosas nuestras convicciones, y si se hace más peligroso ponerlas en práctica? Exploremos tres medidas que podemos y debemos tomar, a medida que aumenta la hostilidad del mundo hacia los valores bíblicos.

Vivir por la Palabra de Dios

Quizá parezca simplista, pero no perdamos de vista lo obvio: Vivir conforme a la Biblia y vivir como discípulos de Jesucristo. Esto supone poner en orden nuestra casa espiritual, por así decirlo. El apóstol Pedro lo explicó en la primera de sus cartas que han llegado hasta nosotros:

“Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos, Él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado. Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entrometerse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello” (1 Pedro 4:14-16).

El hecho de decirse “cristiano” o “cristiana” no significa que lo seamos, como se ve en tanto comportamiento supuestamente “cristiano” (ver Mateo 7:21). El investigador George Barna encontró que, “en los Estados Unidos, el número de adultos con una concepción bíblica del mundo ha decaído durante cinco generaciones consecutivas, del 12% al nivel actual del 4%. Y esta transformación, entre las generaciones jóvenes, está dando origen a una *nueva moral* que ahora tiene acogida entre la mayoría de los adultos” (*Arizona Christian University*, 28 de mayo del 2024).

El problema no es nuevo. Hace un siglo, el profesor Rufus M. Jones escribió: “Si por alguna casualidad los posteriores seguidores de Cristo lo hubieran tomado como modelo y patrón del nuevo camino, y si se hubiera hecho un intento serio por establecer su vida y enseñanza como la norma para la Iglesia, el cristianismo sería algo enormemente distinto de lo que llegó a ser” (*The Church's Debt to Heretics*, 1924, págs 15-16). Søren Kierkegaard, filósofo y teólogo del siglo 19, lo expresó claramente así: “El cristianismo del Nuevo Testamento sencillamente no existe” (*Kierkegaard's Attack Upon "Christendom"*, traducción al inglés de Walter Lowrie, 1946, págs. 32-33). Dicho en términos sencillos, con el paso de los siglos las enseñanzas de Jesús han sido desvirtuadas con falsedades y transigencias.

Siendo así, si el cristianismo es peligroso, tóxico y debilitante; pensaríamos que para sus enemigos fuera un alivio saber que muy pocos lo practican de verdad. No obstante, los tiempos más bien son peligrosos para los cristianos, y lo serán aun más. Esto no debe sorprendernos: Jesucristo incluso indicó a sus discípulos cómo proceder en esta situación: “Estando Él sentado en el monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo? Respondiendo Jesús, les dijo: Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán” (Mateo 24:3-5).

Fácilmente leemos lo anterior sin darnos cuenta de lo que dice: Jesús declaró que muchos vendrían *en su nombre*, mostrando fe en Él e incluso invocándolo como su Señor, pero que “a muchos engañarán”. Debemos comprender que muchos que invocan el nombre de Jesucristo no son verdaderos seguidores suyos. Debemos ser capaces de distinguir el cristianismo *falso*.

¿Por qué es tan importante todo esto? Porque en nuestro mundo hay muchos que fingen ser cristianos. Si deseamos sinceramente ser discípulos de Jesucristo, debemos averiguar lo que dice la Biblia y seguirlo en nuestra vida. Jesús dijo a sus discípulos: “Edificaré mi Iglesia; y las puertas del hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:18). En otras palabras, la Iglesia de Jesucristo, la que edificó, no morirá *jamás*, aunque la mayoría de quienes se declaran como *cristianos*, de hecho no lo están siguiendo.

Siendo así, ¿nos dejó Jesús algunas instrucciones sobre lo que debe hacer el verdadero discípulo, cuando el mundo a su alrededor denigra su fe como cosa peligrosa? Nos dejó instrucciones, y una de ellas resulta, para la mayoría, muy difícil de aceptar: ¡Sus discípulos no deben enredarse en la política de este mundo!

No confiar en la política

Cuando los políticos pretenden pisotear nuestros derechos religiosos, quizá sintamos la tentación de reaccionar con una solución política. En los Estados Unidos, en especial, algunos se vuelven a lo que llaman “nacionalismo cristiano”. Este es un movimiento diverso y difícil de reducir a una sola definición, pero la revista *Christianity Today* ofrece la siguiente: “El nacionalismo cristiano es la convicción de que la nación estadounidense se define como cristiana, y que el gobierno debe tomar medidas activas para conservarla así” (3 de febrero del 2021).

¿Deben los seguidores de Jesucristo dar apoyo al nacionalismo cristiano? Quien mire las noticias sabe que el cristianismo es blanco de críticas en muchas partes. Al mismo tiempo, hay políticos que proclaman que su cristianismo y su visión política no solo son compatibles, sino inseparables. Cuando Josh Hawley, senador republicano por el estado de Misuri, habló a sus copartidarios conservadores de sus convicciones de cristiano-nacionalista, encendió un polvorín: “Algunos dirán que ahora estoy declarando que Estados Unidos es una nación cristiana”, afirmó. “Y así es. Y algunos dirán que estoy abogando por el nacionalismo cristiano. Y así es... mi pregunta es: ¿hay alguna otra forma que valga la pena?” (*Newsweek*, 10 de julio del 2024).

Los opositores no tardaron en señalar el Tratado de Trípoli, firmado en 1797 por el presidente John Adams, el cual decía: “El gobierno de los Estados Unidos de América no está fundado, en ningún sentido en la Religión Cristiana”. Es interesante señalar que dicha frase no aparece en la traducción al árabe del tratado, lo que dificulta su explicación como un intento por aplacar a sus cosignatarios, los musulmanes del Norte de África. Los partidos políticos en Estados

Via la bestia, a los reyes de la Tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército. Apocalipsis 19:19.

Unidos han debatido casi desde el principio si se suponía o no que su nación sería *cristiana*.

Si a alguien le preocupa que se pisoteen los derechos de los cristianos sinceros, y si lamenta la erosión de los valores bíblicos en la sociedad, es natural que sienta alguna afinidad con quienes procuran luchar contra esta avalancha. Quizá sienta incluso el deseo de meterse en política. Pero debemos preguntarnos: ¿Acaso Dios quiere que pongamos la fe en este o aquel movimiento político? Demos gracias por cualquier líder en nuestros gobiernos que respalde los valores bíblicos... Pero, ¿acaso los movimientos políticos serán la solución a nuestros problemas? *Por supuesto que no.*

Jesús enfrentaba presiones inmensas para que luchara contra las fuerzas políticas del momento, y esta fue su respuesta cuando el gobernador romano Poncio Pilato lo retó: “Mi Reino no es de este mundo; si mi Reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi Reino no es de aquí” (Juan 18:36). Dios no desea que nos metamos en las disputas políticas del mundo. No desea que peleemos ni física ni políticamente contra nuestros adversarios.

Esto nos trae a un punto de ironía tras los objetivos más fuertes del *nacionalismo cristiano*. Mientras unos sostienen que es preciso apoderarse políticamente de la maquinaria de la nación, a fin de hacer de esta una nación *más cristiana; las instrucciones y el parecer* del propio Jesús señalan que *no* nos enredemos en ese tipo de contiendas del mundo. ¡El *cristianismo* de esos *paladines* difiere marcadamente del cristianismo de nuestro Salvador!

¿Se habrá profetizado una potencia “cristiana”?

Dicho lo anterior, el hecho es que la Biblia sí revela el surgimiento de un *cristianismo* parecido, pero engañoso al final de esta era. Estará encabezado por un líder carismático en Europa, que se presentará como salvador y defensor de los valores cristianos, y arrastrará miles de millones a su causa falsa. Notemos cómo ese líder se revela en las Escrituras: “Después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón” (Apocalipsis 13:11).

Este líder religioso embaucador se proclamará cristiano y además llevará un símbolo de Jesús: “dos cuernos semejantes a los de un cordero”. Pero hablará como dragón: como Satanás, el diablo (ver Apocalipsis 12:9). Sus palabras y enseñanzas *no* estarán en consonancia con la Biblia.

¿Qué hará este líder? Vemos que “hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del Cielo a la Tierra delante de los hombres. Y engaña a los moradores de la Tierra con las señales que se le ha permitido hacer... Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente” (Apocalipsis 13:13-14, 16).

Según el relato que hace Marcos de la profecía pronunciada por Jesús en el monte de los Olivos, esta falsedad mundial será tan grande “para engañar, si fuese posible, aun a los escogidos” (Marcos 13:22). Será un período sumamente peligroso para los verdaderos

discípulos de Jesucristo, el más peligroso en toda la historia.

El apóstol Juan se refiere a este sistema religioso falsificado como una mujer montada sobre una bestia. Las Escrituras suelen valerse del símbolo de una mujer para representar una iglesia. Veamos:

“Vi a una mujer sentada

sobre una bestia escarlata lle-

na de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro, de piedras preciosas y de perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación; y en su frente un nombre escrito, un misterio: BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA. Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús” (Apocalipsis 17:3-6).

El cristianismo falsificado sí es peligroso. Hará morir a los verdaderos siervos de Dios, quitará la libertad de conciencia e impondrá obediencia a la fuerza. Su falso profeta, coligado con un líder político militar que las Escrituras llaman “la bestia”, causará sufrimiento sin precedentes en el mundo.

Veamos lo que escribió Juan después: “Vi a la bestia, a los reyes de la Tierra y a sus ejércitos, reunidos para guerrear contra el que montaba el caballo, y contra su ejército” (Apocalipsis 19:19). Esta alianza entre iglesia y estado se atreverá a declarar la guerra contra Jesucristo a su regreso... pero no podrá contra Él. El que viene montado en el caballo, Jesucristo, regresará con gloria y poder para sofocar la rebelión, como escribió Juan: “La bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre” (Apocalipsis 19:20).

A medida que la sociedad se torna más hostil contra el cristianismo *verdadero*, los seguidores de Jesucristo se encontrarán en tiempos cada vez más peligrosos. Entonces, ¿qué hacer? Debemos dedicar nuestra vida por entero a Jesucristo en todos los aspectos y, al hacerlo, *negarnos* a participar en movimientos políticos.

Dejemos que Jesucristo sea nuestro Protector

Como ya hemos dicho, el libro del Apocalipsis se vale de una mujer ramera como símbolo de una iglesia falsa al final de la era presente. Pero también presenta la imagen de una mujer casta y pura como representación de la Iglesia de Dios, que es fiel y verdadera. ¿Qué dice acerca de esta última?

El Apocalipsis ofrece una mirada *entre bastidores* de lo que será una guerra futura, cuando Satanás peleará contra el mismo Dios. “Después hubo una gran batalla en el Cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el Cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la Tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él” (Apocalipsis 12:7-9).

Recordemos que la iglesia falsa, que engañará a miles de millones, estará bajo la influencia del dragón. De ahí que muchísimos *cristianos*, en los últimos días, lo sean únicamente de nombre, ya que han sido embaucados al punto de aceptar una religión falsificada. El pueblo de Dios siempre ha sido tentado para alejarse de

los caminos del Dios verdadero, y aceptar soluciones ideadas por hombres, para problemas que solamente su Señor puede resolver, como explicamos en nuestro artículo: *Los líderes que merecemos*, en la página 14 de esta edición.

Pero quienes realmente sigan a Jesucristo serán protegidos de la destrucción y devastación. Dios les brindará protección en un lugar seguro en la Tierra: “Cuando vio el dragón que había sido arrojado a la Tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón. Y se le dieron a la mujer las dos alas de la gran águila, para que volase de delante de la serpiente al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo” (Apocalipsis 12:13-14).

Supuesto rapto de la Iglesia

Hay quienes creen, erróneamente, que las Escrituras anuncian un “rapto” de la Iglesia. Lo que revela, y muy claramente, es una huida al “desierto”. El Cielo *no* es un desierto. Los israelitas salieron de Egipto “sobre alas de águilas” (Éxodo 19:4). Y como salieron de Egipto *a pie*, sabemos que esto es símbolo de que Dios provee el medio de escapar protegidos por sus ángeles. Y hará lo mismo cuando rescate a los discípulos de Jesucristo en el tiempo del fin.

Los que serán protegidos de la ira de Satanás, serán los que perseveren fielmente en el cumplimiento de la comisión de Jesucristo al final de esta era. El apóstol Juan consignó el mensaje de Jesucristo para sus fieles seguidores:

“Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra... Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la Tierra. He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona” (Apocalipsis 3:8, 10-11).

Si somos verdaderos seguidores de Jesucristo, si obedecemos sus mandamientos, todos los mandamientos, si estamos cubiertos por la sangre de su sacrificio, y nos dejamos dirigir por su Espíritu Santo; entonces Dios promete cuidarnos. Pero, para contar con su protección, tenemos que dejar que sea nuestro Amo y Señor ahora. Tenemos que confiar en Él y entregarle nuestra vida.

Tomemos nota de lo escrito por el profeta Jeremías: “Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta del Eterno... Bendito el varón que confía en el Eterno, y cuya confianza es el Eterno. Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor” (Jeremías 17:5, 7-8).

Toda nuestra confianza debe residir en nuestro Salvador, Je-

sucristo. Él es nuestra Roca, nuestro Protector y nuestro Salvador. Así lo reconoció el rey David, hombre conforme al corazón de Dios, cuando escribió: “Te amo, oh Eterno, fortaleza mía. Eterno, roca mía y castillo mío, y mi libertador; Dios mío, fortaleza mía, en Él confiaré; mi escudo, y la fuerza de mi salvación, mi alto refugio. Invocaré al Eterno, quien es digno de ser alabado, y seré salvo de mis enemigos” (Salmos 18:1-3).

¡Cuán profundo debe ser nuestro agradecimiento por contar con un Sumo Sacerdote fiel y lleno de amor! Jesucristo, nuestra Roca, es nuestra fortaleza, y será crucial para nosotros asimilar esta verdad cuando los tiempos se tornen más difíciles en los días por venir.

La sinceridad de las convicciones no es suficiente. Esas convicciones tienen que basarse en las Escrituras. Satanás es real y es el gran falsificador. Él es la causa de la confusión que reina en todo el *cristianismo* convencional, y causará también el caos y la destrucción que se avecina. Sin embargo, los verdaderos discípulos pueden contar con la protección y el cuidado del Dios Todopoderoso.

Acoger el cristianismo verdadero

Cada vez son más las personas que consideran el cristianismo peligroso. Pero hay que distinguir entre el cristianismo verdadero y el falso. El cristianismo falso, efectivamente, *es* peligroso, tanto que llevará al mundo al borde de la destrucción. El cristianismo *auténtico* de Jesucristo y la Biblia, constituye la única esperanza verdadera del mundo. Este nos enseña que Jesucristo regresará, que posará los pies en la Tierra, y gobernará como el Rey de reyes, trayendo paz y prosperidad que tan desesperadamente necesitamos.

Aunque son muchos los falsos cristianos en el mundo que nos

rodea, el deber nuestro es seguir *genuinamente* a Jesucristo. Por hacerlo quizá suframos persecución, pero si le obedecemos y ponemos en Él nuestra fe y esperanza, nos dará su guía y protección. Y no seremos engañados cuando surja un poderoso líder religioso falso en Europa, uno que se dirá cristiano, pero que será aliado de un líder político malévolo que las Escrituras llaman “la bestia”. Aunque el falso líder incluso hará señales y prodigios, los verdaderos seguidores de Jesús no caerán en el engaño.

Jesucristo promete socorrer a sus siervos reales y celosos. Como dijo el rey David, es nuestra Roca, nuestra Fortaleza, nuestra

Torre. Es nuestra protección... y esa protección la necesitamos más que nunca, porque el cristianismo falso sí es peligroso, y lo será aun más al acercarnos al final de la era presente. Estemos alerta y despertemos para no ser sus víctimas. Es necesario que acojamos el cristianismo verdadero de todo corazón, previendo la verdadera esperanza del mundo: La promesa del venidero Reino milenar de Jesucristo en la Tierra. ¡Que Dios traiga pronto ese día! 



Cuando leemos la Biblia, también aprendemos a sentirnos cómodos con las Escrituras, y a estar alertas para no ser víctimas del falso cristianismo y del engaño religioso.



¿Deben los cristianos celebrar la navidad?

Parece absurda la pregunta, y sin embargo ipocos saben la respuesta!

Y la verdad puede marcar una diferencia muy grande en su propia vida.

Aunque la pregunta parece sin sentido, es una pregunta que la mayoría del mundo llamado cristiano responde equivocadamente.

Por: Wallace G. Smith

Al llegar el mes de diciembre empiezan a llegar también las decoraciones de los árboles y de las casas, los regalos envueltos, los villancicos tradicionales, los servicios religiosos especiales y todo el bullicio navideño. En el calendario cristiano comúnmente aceptado, pocas ocasiones son más esperadas y más anheladas que la temporada de la navidad. Los niños reciben la temporada con emoción, las familias salen de compras y los pequeños empiezan a soñar con los regalos que les traerá santa Claus, san Nicolás o el *papá Noel*.

Es una temporada que muchos disfrutan en el mundo entero, e incluso se habla de conflictos internacionales que se suspenden temporalmente en el día de navidad; teniendo en cuenta el concepto muy generalizado entre ambas partes del conflicto de que ese día es para reconocer el nacimiento del Príncipe de Paz... terminado el cual, cada bando reanuda sus intentos por matar al otro.

Realmente es extraño preguntar: “¿Es cristiana la navidad?” Al fin y al cabo, todo el mundo sabe que la palabra “navidad” se refiere al nacimiento de Jesucristo... ¿no es así?

Todo verdadero discípulo debe estar siempre dispuesto a comparar sus creencias, prácticas y tradiciones con la Palabra de Dios y su voluntad revelada; para acoger lo que sea validado por el deseo expreso de Dios y abandonar lo que se oponga. El apóstol Pablo, dirigiéndose a la Iglesia primitiva, dijo: “Examinadlo todo; retened

lo bueno” (1 Tesalonicenses 5:21), y “todo” tiene que incluir la costumbre de celebrar la navidad.

Al hacernos la pregunta de si los cristianos deben o no guardar la navidad, es igualmente importante comprender qué preguntas *no* estamos haciendo. Por ejemplo, no estamos preguntando si la navidad es divertida. Si bien la intensidad de las compras de regalos es increíblemente estresante para muchos, la navidad sigue considerándose una de las ocasiones más divertidas del año.

Tampoco estamos preguntando si las tradiciones navideñas y los villancicos son hermosos e inspiradores. El hecho es que algunas de las piezas musicales más hermosas de la civilización Occidental se inspiraron en los sentimientos de la temporada navideña. Si bien algunas costumbres asociadas con la navidad son repugnantemente materialistas, también muchas personas dan de sí con generosidad en esa temporada; y muchas tradiciones personales y familiares que se disfrutaban en esos días dejan recuerdos felices.

Con todo, la caridad y la generosidad no tienen por qué limitarse a una breve temporada del año; y los cristianos no necesitan de la navidad para sentirse inspirados, cantar música hermosa, crear recuerdos familiares o dar generosamente.

Nuestra pregunta es mucho más simple: ¿Deben los cristianos celebrar la navidad? Es decir, ¿deben observar la navidad quienes tienen lealtad a la religión, las creencias, las prácticas y las enseñanzas de Jesucristo? ¿Animaría Jesús a quienes lo escuchaban a guardar esa fiesta? ¿O la desaconsejaría? ¿Ordenaría celebrarla, o

la condenaría? ¿La guardaría Él mismo o haría caso omiso de ella?

Los orígenes de la navidad

Toda consideración sobre si los cristianos deben o no celebrar la navidad, debe comenzar con una idea clara de los orígenes de ese día y sus muchas tradiciones.

Las tradiciones navideñas sin duda varían de un lugar a otro. Pero muchos conocemos la experiencia de decorar un árbol de navidad o de colgar luces de colores. Reunirse con familiares y amigos e intercambiar regalos son prácticas que se asocian comúnmente con *el espíritu de la navidad*.

Todas estas costumbres vienen directamente de religiones paganas propias del culto invernal y anteriores al cristianismo.

Créalo o no, este es un punto que ni siquiera se debate mucho. Es un hecho histórico. Incluso, muchos entre quienes se declaran cristianos no ponen en duda los orígenes paganos de las prácticas y tradiciones navideñas; y muchos dirigentes populares como el doctor James Dobson, fundador de *Enfoque a la familia*, y el teólogo doctor R. C. Sproul, lo reconocen abiertamente. Los orígenes y las influencias paganas detrás de lo que hoy se conoce como *la navidad*, están bien documentados para cualquiera que desee investigar el tema. Nadie disputa los hechos seriamente.

Por ejemplo, consideremos este breve resumen de los orígenes de la navidad en una obra ampliamente consultada y respetada: El *Manual Eerdman de historia del cristianismo*: “La Iglesia cristiana absorbió muchas ideas e imágenes paganas. Del culto al Sol, por ejemplo, vino la celebración del nacimiento de Cristo el día veinticinco de diciembre, natalicio del Sol. Las saturnalias, festividades romanas de invierno entre el 17 y el 21 de diciembre, aportaron la alegría, el intercambio de regalos y las velas típicas de las fiestas navideñas posteriores... En un principio la Iglesia evitó las costumbres paganas que más tarde se cristianizaron, por ejemplo, el empleo de velas, incienso y guirnalda por ser simbólicas del paganismo”.

En su famosa obra: El *Diccionario clásico*, el erudito John Lemprière resumió algunas antiguas prácticas precristianas de las saturnalias, fiestas paganas de invierno, de las cuales se derivan muchas tradiciones navideñas: “La celebración era extraordinaria por la libertad que reinaba universalmente. Los esclavos podían ridiculizar a sus amos... Era habitual que los amigos intercambiaran regalos, cesaba toda animosidad, no se ejecutaban criminales, cerraban las escuelas, no se declaraba guerra; sino que todo era risas, disipación y desenfreno”.

¿Parece familiar?

Cierto es que muchas prácticas y costumbres navideñas, que tuvieron orígenes paganos, han alterado su significado original de modo que ahora suenan más cristianas. Por ejemplo, algunos ministros comparan las coronas navideñas con la corona de espinas que llevó Jesús durante su crucifixión, o comparan las guirnalda de bayas rojas con su sangre. Estas son interpretaciones que se añadieron mucho más tarde a los antiguos elementos precristianos, y ninguna de ellas altera el origen de estas costumbres, adornos y tradiciones. Si pretendemos responder con sinceridad a la pregunta que tenemos por delante: ¿Deben los cristianos celebrar la navidad?, tenemos que tomar en consideración todos los hechos.

En lo que respecta al origen de las prácticas, esos datos son claros: las fechas, las prácticas, las costumbres; casi todo el paquete que conocemos como *la navidad*, llegó al cristianismo importado de costumbres paganas que hunden sus raíces en el culto al Sol en invierno y en las saturnalias romanas. Repetimos que ningún historiador pretende refutar esto seriamente.

¿Qué es lo que debe guiar las decisiones de un discípulo de Jesucristo?

En realidad no es extraño ver el origen pagano de las tradiciones navideñas, expuesto abiertamente en revistas y otros medios de difusión populares. Allí se comentan las tradiciones navideñas, como decorar árboles e intercambiar regalos; sin ningún asomo de controversia. Aunque son cosas cada vez más notorias, a la gente no parece importarle.

¿Será que estos hechos no tienen impacto ante la pregunta de si debemos o no celebrar la navidad? ¿Cómo podemos saber lo que un verdadero discípulo debe o no debe hacer? ¿Qué convierte algo en apropiado o no apropiado para los creyentes? ¿Será toda cuestión de opinión personal y preferencia, o hay alguna norma objetiva que rige la fe y la práctica del verdadero discípulo de Jesucristo en estas cosas?

Aunque la respuesta parece difícil, no lo es. El nombre *cristiano* viene del nombre del fundador del cristianismo, Jesucristo, el Hijo de Dios. Quienes se llaman cristianos se dicen seguidores de las enseñanzas y el ejemplo de Jesucristo. Entonces, si se va a declarar que algo es apropiado, o incluso obligatorio para los cristianos, ese algo tiene que conformarse con las enseñanzas, afirmaciones, ejemplos y mandatos del fundador de la religión que da su nombre a esa fe: ¡Jesucristo!

Resulta obvio que algo pertenece a la fe y práctica de los cristianos si concuerda con las enseñanzas y prácticas de Jesucristo. De lo contrario, no pertenece a su fe y práctica. Algo sencillo de entender.

Y no es solamente sentido común. Es lo que el propio Jesús enseñó explícitamente. El Nuevo Testamento recoge su afirmación de que, para ser seguidor suyo, para ser discípulo, no basta “creer” lo que Él dijo, si luego lo echamos al olvido en la vida y la práctica.

Consideremos, por ejemplo, su reproche en Lucas 6:46 a los que dicen que Jesús es su “Señor”, pero no viven como Él manda: “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor y no hacéis lo que yo digo?” Igualmente declara: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y en tu nombre echamos fuera demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mateo 7:22-23). Nota: La palabra “maldad” es una traducción del vocablo griego: *anomia*, que significa: “transgresión de la ley”. En lenguaje más preciso, Jesucristo dijo: “Apartaos de mí, transgresores de la ley”.

Es claro que Jesús no acepta a quienes le dicen “Señor” y no cumplen sus enseñanzas, sino que desatienden las leyes y los mandamientos de Dios. Aunque alguien se diga *cristiano* y haga milagros, Jesús dijo que si esa persona no cumple sus enseñanzas y la ley de Dios, Él la desechará ¡declarando que nunca la conoció!

De hecho, esta conducta de actuar conforme a sus palabras y obedecer los mandamientos de su Padre eran tan esenciales para la fe, que Jesús enseñó: “Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” (Mateo 19:17). Y uno de los primeros apóstoles, escogidos y formados personalmente por Jesús, escribió: “En esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso y la verdad no está en él” (1 Juan 2:3-4).

¡Palabras fuertes! Se nos advierte aquí por medio del apóstol Juan, que si no cumplimos los mandamientos y enseñanzas de Jesucristo, ni siquiera lo conocemos. Y si decimos que lo conocemos sin obedecerle, ¡la Palabra de Dios nos tacha de mentirosos!

¿Qué haría Jesús?

Las implicaciones son claras. Si queremos saber si los cristianos deben celebrar o no la navidad, basta saber cómo se aplican las enseñanzas y prácticas de Jesús a la navidad. Es decir, tenemos que mirar la navidad y determinar la respuesta a la pregunta que tantos se hacen: “¿Qué haría Jesús?”

Felizmente, no es cuestión de adivinar la respuesta. La Biblia en muchos pasajes es sumamente clara al respecto.

Por ejemplo, con referencia a los pueblos paganos y sus tradiciones y costumbres, Dios dejó instrucciones muy claras para la antigua Israel: “Cuando el Eterno tu Dios haya destruido delante de ti las naciones adonde tú vas para poseerlas, y las heredes, y habites su tierra, guárdate que no tropieces yendo en pos de ellas, después que sean destruidas delante de ti; no preguntes acerca de sus dioses, diciendo: De la manera que servían aquellas naciones a sus dioses, yo también les serviré. No harás así al Eterno tu Dios” (Deuteronomio 12:29-31).

¡Esto es crucial! Notemos que Dios no se limita a decir: “No adores a los ídolos” o, “no adores a sus dioses”. Dice: “No harás así al Eterno tu Dios”. La Biblia deja muy claro que ni siquiera podemos adorar al Dios verdadero empleando prácticas paganas. Aunque algunos pretenden decir que sí es aceptable emplear tradiciones, símbolos y días paganos; siempre y cuando se esté adorando al Dios verdadero con esas cosas, ¡la Biblia dice lo contrario!

“Cuando entres a la tierra que el Eterno tu Dios te da, no aprenderás a hacer según las abominaciones de aquellas naciones” (Deuteronomio 18:9). En la misma forma, en Jeremías 10:2 vemos estas instrucciones: “No aprendáis el camino de las naciones”, refiriéndose a las naciones paganas cercanas a la antigua Israel. No podía ser más claro: Dios no quiere que su pueblo lo adore con medios paganos. De hecho, el pasaje en Jeremías 10 va mucho más allá, dando el ejemplo específico de una práctica pagana que Dios condena. ¡Es una práctica fácil de reconocer! Dios dice: “Las costumbres de los pueblos son vanidad; porque leño del bosque cortaron, obra de manos de artífice con buril. Con plata y oro lo adornan; con clavos y martillo lo afirman para que no se mueva” (vs. 3-4).

¿Cuántos hacen eso precisamente con un árbol o una rama en cada navidad? Lo meten en su casa, lo fijan y lo decoran con adornos de colores brillantes. El Dios Todopoderoso dice que el hecho de llamarlo un ídolo no es lo importante. Lo importante es sencillamente: “No aprendáis el camino de las naciones... No harás así al Eterno tu Dios”.

¡También es para los cristianos!

Claro está que los pasajes citados son del Antiguo Testamento, y la pregunta que tenemos frente a nosotros es si los verdaderos discípulos de Jesucristo deben o no celebrar la navidad; y quizás alguien podría decir que Jesucristo cambió las cosas. O que dijo que es perfectamente aceptable desatender los mandatos de Dios, para guardar las tradiciones que nosotros deseamos observar. Que tal vez dijo que tenemos licencia para hacer caso omiso de los mandamientos divinos, y adorar a Dios tal como se nos ocurra y con las tradiciones que se nos antojen, diga lo que diga el resto de la Biblia.

Parece que la cristiandad está actuando conforme a esas ideas. Sin embargo, Jesús amaba las leyes de Dios y las honraba, y ordenó que todos sus seguidores hicieran lo mismo. Incluso, se refirió específicamen-

te a este punto, en el caso de que sus seguidores estuvieran dispuestos a desatender los mandamientos divinos, para guardar las tradiciones que deseaban.

Jesucristo condenó en términos duros a los líderes religiosos de su época que hacían precisamente eso: hacían de lado las leyes divinas para guardar sus propias tradiciones de culto: “Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres” (Marcos 7:6-9).

¡La Palabra de Dios y las enseñanzas de Jesucristo son claras como el cristal! Para que un cristiano observe la navidad: El árbol, los regalos, hasta la fecha misma; tendría que hacer de lado los mandamientos de Dios, y aferrarse a esas tradiciones. Dios ordena que no empleemos costumbres y tradiciones de origen pagano para adorarlo a Él, y la navidad está, sin lugar a dudas, empapada de tales costumbres y tradiciones. Para guardar la navidad, tendríamos que rechazar los mandamientos de Dios. Y esto es algo que Jesucristo, el Hijo de Dios y fundador del cristianismo, condena apasionadamente.

Si nos decimos cristianos, pero desatendemos las enseñanzas de Jesucristo, con tal de guardar la navidad, las palabras de Jesús pronunciadas hace 2.000 años llegan hasta nosotros para reprendernos: “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor y no hacéis lo que yo digo?”

La realidad es sumamente clara. Si Jesús estuviera en la Tierra, sabiendo que su Padre celestial manda no acudir a costumbres paga-

nas para adorarlo, ¿acaso guardaría la navidad? Quien sea sincero con la Biblia tiene que responder: “No”. Y tampoco lo haría ninguno que se diga seguidor de Jesús.

Jesucristo no instituyó la navidad. La instituyeron los hombres. Pero Jesucristo y sus seguidores fieles se atienen a una autoridad más elevada que las tradiciones de los hombres. Esto es lo que significa ser cristiano.

Respuesta sencilla pero irrefutable

Comenzamos con lo que parecía una pregunta extraña: ¿Deben los cristianos celebrar la navidad? La respuesta puede parecer igualmente extraña... pero también es irrefutable: ¡No deben celebrarla!

Quizá sea divertida y alegre. Quizá la disfruten. Puede ser una tradición familiar de larga data. Quizás estén tratando muy sinceramente de guardarla para Dios con las mejores intenciones. Pero la navidad no es una celebración cristiana, según las palabras y enseñanzas del propio fundador del cristianismo, Jesucristo. Al contrario, las enseñanzas de Jesús condenan su celebración, y la de toda fiesta enraizada en prácticas y cultos paganos. Y Él prohíbe a sus seguidores guardar esas fiestas. Quienes se consideran discípulos no deben celebrar la navidad.

Si desean ejercer su fe con corazón puro y sin hipocresía, con el propósito de agradar a Jesús en su servicio y su práctica, en vez de agradarse a sí mismos, entonces estas cosas son importantes. Los cristianos deben comprometerse a algo más que buenas intenciones. Como dijo Jesús a la mujer samaritana: “Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:22-24) BM

ABOMINACIONES OLÍMPICAS



¿Qué piensa Dios de esta libertad?

Por: Josh Lyons

La ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de París 2024, ha sido ampliamente criticada por muchos que aún se aferran a altos estándares de dignidad, decencia, modestia y otros valores bíblicos. Así es como la calificó una reseña:

“París no se limitó a desplazar los límites, sino que los barrió del todo, comunicando con insistencia un mensaje de que la libertad debe ser sin restricciones. Un cantante prácticamente desnudo, pintado de azul, hizo referencias nada disimuladas a las partes de su cuerpo. Una *drag queen*, conocida como Piche, gateaba al ritmo golpeando el *Libre del deseo* de la cantautora Gala, quien lleva mucho tiempo pronunciándose con fuerza contra la homofobia. Hubo al comienzo un trío sexual (encuentro sexual entre tres personas)... y al final un abrazo íntimo entre dos hombres que se alejaron bailando, tomados de la mano y abrazados” (*AP News*, 29 de junio del 2024).

El anterior breve resumen no entra en otros detalles, como las muchas *drag queens* que se destacaron, la grotesca representación de María Antonieta cantando mientras tenía en la mano su propia cabeza cercenada, y las presentaciones de Celine Dion y Lady Gaga, promocionadas como “íconos *queer*”. Observemos cómo el autor de la reseña señala la celebración de la “libertad” en esta ceremonia, que distorsiona unpreciado valor del Occidente, hasta convertirlo en un repudio a los valores bíblicos de larga data, como son la pureza, la castidad, la inocencia, el dominio propio, la familia, el matrimonio, el recato y la decencia.

Viéndolo bien, si lo que se celebraba eran las Olimpiadas, ¿no habría sido posible omitir la perversión sexual, y centrarse en los *atletas* y los *deportes*?

Un Dios que excluye el pecado

El director de la ceremonia, que se presenta a sí mismo como un hombre homosexual, citó algunos de sus objetivos: “La idea era hacer un gran festival pagano, relacionado con los dioses del Olimpo”, y agregó: “Ante todo, quise transmitir un mensaje de amor, un

mensaje de inclusión y no causar división para nada”.

La ceremonia olímpica de París es un grotesco ejemplo, de lo muy dispuestas que están las sociedades occidentales a promover perversiones que llaman amor, inclusión, diversidad, tolerancia y libertad. Lo que piensan puede resumirse en términos generales así: “Que todos hagan lo que les plazca; la única restricción es que no se deben poner restricciones”. Esta actitud no es nada nueva, ha sido común en toda la historia. Por ejemplo, a la antigua Israel se le atribuyó la misma intención: “Cada uno hacía lo que bien le parecía” (Jueces 21:25), y no lo que era recto a los ojos de Dios. Dios distingue entre el bien y el mal, y lo hace fijando límites que se exponen detalladamente en la Biblia, así como lo hemos explicado con frecuencia en las páginas de esta revista (ver *Guerra contra lo normal*, en la edición de marzo y abril del 2023, pág. 8).

En lo que concierne al pecado, el Dios verdadero sí es un Dios de *exclusión*. La Biblia reitera que Él, en su Reino eterno, excluirá categóricamente toda forma de pecado, incluidos algunos que se festejaron en la ceremonia de apertura en París. Y de su Reino excluirá, no solo el *comportamiento* pecaminoso, sino las *personas* que no estén dispuestas a arrepentirse de esa conducta: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el Reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el Reino de Dios” (1 Corintios 6:9-10).

Es importante señalar que esos versículos no se refieren únicamente al homosexualismo, a las *drag queens* y otras formas de comportamiento de tipo “LGBTQIA+”; sino que condenan igualmente pecados propios de los heterosexuales, como adulterio y fornicación; lo mismo que pecados de índole no sexual, como son la idolatría, la codicia, el hurto y la ebriedad.

El libro del Apocalipsis habla en detalle de la ira del Dios Todopoderoso, que caerá sobre la humanidad (Apocalipsis 6:16; 11:18; 14:10, 19; 15:1). Hasta entonces, los discípulos de Jesucristo deben ser los que en la ciudad “gimen y... claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella” (Ezequiel 9:4); a la vez que procuran proclamar uno de los mensajes más firmes y esenciales en la Biblia: dejar el mal y hacer el bien. MM



Reseñas de Canadá

La desaparición de la familia

¿Habrá lugar para la familia bíblica en el mundo actual, entre los cambios dramáticos familiares, la disminución de la fertilidad y la indiferencia hacia el matrimonio?

Por: Michael Heykoop

El censo canadiense del 2016 puso de relieve los dramáticos cambios que, hasta ese momento, se habían producido en los hogares canadienses. Los informes censales anteriores ya habían demostrado que el núcleo familiar (un padre, una madre y dos o más hijos), estaba siendo reemplazado por una variedad de supuestas alternativas. La verdadera sorpresa del censo del 2016 fue la estructura familiar, que se había convertido en la *más común* en Canadá:

“Por primera vez en la historia del país, el número de hogares unipersonales ha superado a todas las demás formas de convivencia. El año pasado representaron más del 28,2% de todos los hogares, más que el porcentaje de parejas con hijos, parejas sin hijos, familias monoparentales, hogares multifamiliares y todas las demás combinaciones de personas que viven juntas” (Censo 2016: *The Globe and Mail*, 2 de agosto del 2017).

Eso hace ocho años. Desde entonces, cada vez más adultos optan por alternativas como vivir con sus padres, vivir solos o vivir solteros con compañeros de habitación. “Si bien más de dos tercios (68 por ciento) de las personas de entre 25 y 29 años estaban en pareja en 1981, este llegó a ser el caso en el 2021, de poco menos de dos quintos (39 por ciento) de las personas en este grupo etario” (*PsychologyToday.com*, 10 de junio del 2023).

En el 2021, el 15 por ciento de la población de 15 años o más vive sola, un total de 4,4 millones, frente a los 1,7 millones en 1982 (Statistics Canada, *StatCan.gc.ca*, 29 de septiembre del 2022). Cabe preguntarse: ¿Por qué tantas personas optan por *vivir solas*, en lugar

de experimentar la vida con un cónyuge? Hay muchas razones para este aumento, pero no se puede ignorar la realidad de un cambio de opinión pública sobre el matrimonio.

Una encuesta realizada por Angus Reid mostró que el 53 por ciento de los canadienses estaban de acuerdo con la afirmación: “El matrimonio simplemente no es necesario”. Esta creencia fue compartida por el 60 por ciento de los hombres de entre 18 y 34 años. “No debería sorprender que este cambio de actitud hacia el matrimonio refleje un cambio de actitud hacia la religión. Entre los canadienses casados de entre 18 y 34 años, menos de la mitad se casó en una ceremonia religiosa, y el 53 por ciento optó en su lugar por una ceremonia civil. Cuatro de cada diez adultos canadienses nunca se han casado, y no están seguros de querer hacerlo” (*AngusReid.org*, 7 de mayo del 2018).

Disminución de la fertilidad

En la mayoría de los países occidentales, el cambio de actitud en relación con el matrimonio, la crianza de los hijos y la familia en general; está teniendo efectos permanentes. Canadá no es el único país que ha experimentado una marcada disminución en el número de familias tradicionales. Y uno de los resultados negativos más evidentes de la disminución de las parejas y de los matrimonios, es que Canadá se enfrenta a una preocupante tendencia a la disminución del número de nacimientos.

El Instituto MacDonald-Laurier, centro de estudios sobre políticas públicas con sede en Ottawa, añade una cifra preocupante a estos resultados: La tasa de fecundidad en Canadá ha caído de 1,6 en el 2016 a 1,3 en el 2022 (*MacDonaldLaurier.ca*, 7 de mayo del 2024). Una caída de 0,3 puede parecer insignificante, pero es redu-

cir aún más una cifra ya muy pequeña. Se sabe que una tasa de fecundidad de 2,1 bebés por mujer de entre 15 y 49 años, es el parámetro de referencia para mantener una población. En la actualidad, la tasa de fecundidad en Canadá es solo dos tercios de lo que se necesita para mantener su población; y la tasa de fecundidad de 1,3 representa una disminución de casi el 20 por ciento en solo seis años.

En el 2021, Statistics Canada reveló algunos de los problemas asociados con esta caída en la tasa de fertilidad: “Si la fertilidad del país continúa disminuyendo aún más en los próximos años, Canadá podría unirse a los países con las tasas de fertilidad más bajas (1,3 o menos hijos por mujer), una situación asociada con el rápido envejecimiento de la población, y el aumento de la presión sobre el mercado laboral, la atención médica pública y el sistema de pensiones” (*StatCan.gc.ca*, 16 de mayo del 2022).

Si bien la decisión de casarse y tener hijos es profundamente personal, y existen muchas razones legítimas por las que alguien puede optar por permanecer soltero, la tendencia general de que menos canadienses opten por el matrimonio, y por tener hijos, está teniendo un impacto en la sociedad. La revista MacLean’s destacó así la realidad:

“El matrimonio puede no ser tan importante como antes para las parejas jóvenes, pero sí lo es para la sociedad en general. Las parejas casadas son la base de la economía. Ganan, ahorran y gastan más que sus contrapartes solteras. Son más felices. Y hay muchísimas evidencias que demuestran que las familias estables con padre y madre son lo mejor para los niños. Los niños que crecen en una familia casada tienen muchas más probabilidades de tener éxito en la escuela, encontrar empleo, y evitar problemas más adelante en la vida, que aquellos criados en otras situaciones, por más amorosas que sean” (*Macleans.ca*, 11 de octubre del 2011).

El máximo potencial

Más allá de lo que informe MacLean, de las estadísticas proporcionadas por Statistics Canada o el Instituto Angus Reid; la realidad que debemos tener en cuenta es que, desde la creación, los

hombres y las mujeres fuimos diseñados para alcanzar el máximo potencial dentro de una estructura familiar.

El segundo capítulo del Génesis relata la manera cómo Dios utilizó la costilla de Adán para crear a Eva. Su lenguaje deja claro que Adán anhelaba compañía. “Para Adán no se halló ayuda idónea para él” (Génesis 2:20).

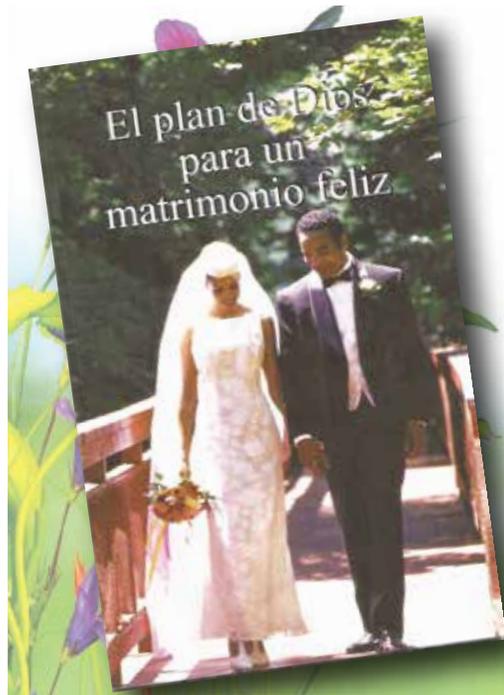
La reacción de Adán cuando Dios le trajo a Eva parece haber sido de inmensa alegría: “Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; esta será llamada Varona, porque del varón fue tomada” (Génesis 2:23). Es posible que incluso haya reconocido la gran importancia de su relación: ¡La creación de la primera familia humana!

¿Cuánto ha valorado Dios a la familia? Consideró conveniente asegurarse de que dos de los diez mandamientos, que son las expresiones básicas y fundamentales de la moralidad divina, estuvieran dirigidos a mantener la unidad familiar. El quinto mandamiento dice: “Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la Tierra que el Eterno tu Dios te da”, y el séptimo mandamiento declara en forma concisa: “No comerás adulterio” (Éxodo 20:12, 14).

Puede que algunos no hayamos tenido el beneficio de crecer con un ejemplo paterno positivo, y no contemos con la seguridad de cómo se vive así. Siendo así, nuestro amoroso Creador no nos ha dejado sin ayuda. La Biblia revela una gran cantidad de información que enseña principios que pueden ayudar a ser un mejor padre, madre, hermano, hermana, esposo, esposa, hijo o hija; y puede ayudarnos en la preparación para una futura familia.

En los últimos decenios, la unidad familiar ha sido objeto de ataques. Aunque muchas personas se encuentran en situaciones que no son ideales, y que escapan a su control, la familia sí importa. Es la piedra angular de la sociedad, y el fundamento de una nación exitosa. Una familia sana es, y siempre ha sido, el mejor entorno para criar a los hijos, y forjar a las generaciones futuras.

Comprender la función vital de la familia también es clave para entender el camino de vida que Dios revela en la Biblia. Tanto la familia como el camino de vida cristiano, se apoyan mutuamente de manera profunda; y la unidad familiar también nos enseña mucho acerca del plan de Dios para la humanidad. (M)



En un mundo donde la institución matrimonial se ha venido degradando, de tal manera que las tasas de divorcio superan la mitad de los matrimonios que se llevan a cabo; es difícil que la mayoría de los matrimonios se mantengan en armonía, unidad y felicidad.

Si usted está pensando en casarse, o en su matrimonio empiezan a aparecer pequeños problemas y dificultades, le conviene estudiar el folleto que le ofrecemos gratuitamente:

El plan de Dios para un matrimonio feliz

Puede descargarlo desde nuestro sitio en la red: www.elmundodemanana.org.

Estudie este folleto con su Biblia en mano, ponga en práctica las sencillas claves que Dios ha inspirado para un matrimonio feliz. Y con la bendición de Dios podrán usted y su cónyuge disfrutar de un matrimonio realmente feliz ¡hasta que la muerte los separe!



Los líderes que merecemos

¿Por qué será que las democracias modernas no eligen dirigentes justos y temerosos de Dios?

Por: Jonathan McNair

La Tierra ha sido gobernada por reyes, reinas, faraones y dictadores durante la mayor parte de su historia. Los pueblos no han tenido voz en las decisiones sobre las leyes que los regían ni sobre quiénes las promulgaban e imponían su cumplimiento. El hombre del común pagaba impuestos por su trabajo, era reclutado para prestar servicio militar y estaba sujeto de mil maneras a los gobernantes de la Tierra... hasta que surgió la democracia moderna, los habitantes de muchos países tienen la oportunidad de elegir a sus gobernantes.

Pero, ¿a quiénes estamos eligiendo? ¿Serán líderes dedicados a construir una so-

ciudad justa, equitativa y temerosa de Dios? Además, ¿qué revelan nuestras elecciones de líderes sobre nosotros mismos?

La elección de Israel

La historia del rey Saúl encierra una lección que merece considerarse. Leemos que Israel sufrió bajo el liderazgo de los hijos de Samuel: “Aconteció que habiendo Samuel envejecido, puso a sus hijos por jueces sobre Israel... Pero no anduvieron los hijos por los caminos de su padre, antes se volvieron tras la avaricia, dejándose sobornar y pervirtiendo el derecho” (1 Samuel 8:1, 3). Estos jóvenes abusaron de su posición y explotaban al pueblo, pero en vez de acudir a Dios, los ancianos israelitas exigieron una solución humana

al problema, diciéndole a Samuel: “Constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones” (v. 5).

Cuando Samuel oró a Dios en busca de una solución, Dios le respondió: “Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos” (1 Samuel 8:7). Samuel llevaba muchos años sirviendo en representación de Dios. Cuando el pueblo quería saber la voluntad divina, acudía a Samuel o a otro profeta. Pero este recurso no les satisfizo, sino que quisieron seguir la costumbre de las naciones vecinas; querían un gobernante humano que visiblemente pudiera dirigirlos en sus batallas, que fuera su juez presencial y estableciera las leyes que le parecieran bien. Un dirigente

así, pensaba Israel, nos “sacaría de apuros”. Samuel, inspirado por Dios, les advirtió de las consecuencias de su decisión, diciéndoles: “Clamaréis aquel día a causa de vuestro rey *que os habréis elegido*, mas el Eterno no os responderá en aquel día” (v. 18).

Y los israelitas recibieron al líder que merecían.

La historia de la elección de Saúl tiene algunos giros interesantes. Saúl reunía todas las cualidades *aparentes* para ser rey: “Había un varón de Benjamín, hombre valeroso, el cual se llamaba Cis, hijo de Abiel, hijo de Zeror, hijo de Becorat, hijo de Afia, hijo de un benjamita. Y tenía él un hijo que se llamaba Saúl, joven y hermoso. Entre los hijos de Israel no había otro más hermoso que él; de hombros arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo” (1 Samuel 9:1-2).

Saúl tenía la mejor herencia: su padre fue un líder poderoso. También era de muy buen parecer, alto y elegante, con las características exteriores que nos atraen en alguien que buscamos para ser nuestro líder. Dios estaba detrás del ascenso de Saúl al trono, pero estaba dándole al pueblo lo que sabía que deseaba. Veamos las palabras que inspiró en Samuel el día de la coronación de Saúl. “Ahora, pues, he aquí el Rey que habéis elegido, el cual pedisteis; ya veis que el Eterno ha puesto rey sobre vosotros” (1 Samuel 12:13).

¿Qué ocurrió cuando Dios concedió al pueblo lo que tanto deseaba?

Prosiguiendo la historia, los israelitas aprendieron que las apariencias engañan. Saúl no se mostró valiente, sino que se llenó de miedo delante del gigante Goliat: “Oyendo Saúl y todo Israel estas palabras del filisteo, se turbaron y tuvieron gran miedo” (1 Samuel 17:11). Quienes temían al gigante no eran solamente los soldados de a pie: Saúl, su rey, el más grande y más admirable hombre sobre el pueblo, estaba aterrado. Y en vez de portarse como un abanderado y un héroe, estuvo dispuesto a dejar que un joven sin experiencia, que ni siquiera formaba parte del ejército, se pusiera en su lugar, o mejor dicho, en su uniforme: “Saúl vistió a David con sus ropas, y puso sobre su cabeza un casco de bronce, y le armó de coraza” (1 Samuel 17:38). Leemos que David, por supuesto, rechazó la armadura de Saúl, confiando en que Dios lo protegería y fortalecería. Y Dios le entregó la victoria sobre Goliat.

Cuando Saúl reveló su verdadera naturaleza, los ciudadanos de Israel se daban cuenta de que su monarca carecía de algo más que valor. Esperaban que este hombre, con su aspecto de rey, los juzgaría con sabiduría, como se desprende de las palabras que habían dicho a Samuel: “He aquí tú has envejecido,

y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones” (1 Samuel 8:5). Pero el rey que recibieron pronto dio a conocer su incompetencia. Mientras Israel se disponía a batallar contra los filisteos, Samuel le dijo a Saúl que lo esperara para presentar una ofrenda a Dios, y buscar su bendición; pero Saúl rechazó con ignorancia esas instrucciones y él mismo dirigió la ofrenda. Encolerizado por tal temeridad, Samuel le dijo: “¿Qué has hecho?” Y la respuesta de Saúl fue:

“Vi que el pueblo se me desertaba, y que tú no venías dentro del plazo señalado, y que los filisteos estaban reunidos en Micmas, me dije: Ahora descenderán los filisteos contra mí a Gilgal, y yo no he implorado el favor del Eterno. Me esforcé, pues, y ofrecí holocausto. Entonces Samuel dijo a Saúl: Locamente has hecho; no guardaste el mandamiento del Eterno tu Dios que Él te había ordenado; pues ahora el Eterno hubiera confirmado tu reino sobre Israel para siempre” (1 Samuel 13:11-13).

Solo un capítulo más adelante, vemos a Saúl nuevamente actuando mal, cuando, en un desacertado intento por mostrar su resolución de vencer a los enemigos de Israel,

rey sabio que los israelitas habían esperado, se había convertido en una amenaza para su propio pueblo.

Lo que merecieron

En vez de la fortaleza que su pueblo esperaba, Saúl mostró cobardía. En vez de sabiduría, mostró necedad. En vez de misericordia y benevolencia, manifestó un carácter envidioso y vengativo. En una palabra, los israelitas recibieron el rey que merecían. Aprendieron por las malas que los seres humanos son realmente incapaces de ver el corazón de otra persona, sino que se dejan engañar por las apariencias.

Muerto Saúl, Dios estableció a David como rey. Pero Dios le dijo a Samuel: “El Eterno no mira lo que mira el hombre; pues *el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero el Eterno mira el corazón*” (1 Samuel 16:7). Aunque sus propios familiares no lo veían, Dios vio que, no obstante sus flaquezas, David era un hombre conforme a su corazón. Siglos después, fue recordado el contraste entre Saúl y David en el libro de los Hechos: “Pidieron rey, y Dios les dio a Saúl hijo de Cis, varón de la tribu de Benjamín, por cuarenta años. Quitado este, les levantó por rey a David, de quien dio también

En vez de la fortaleza que su pueblo esperaba, Saúl mostró cobardía. En vez de sabiduría, mostró necedad. En vez de misericordia y benevolencia, manifestó un carácter envidioso y vengativo.

mandó al ejército ayunar en un día de batalla. Leemos que “los hombres de Israel fueron puestos en apuro aquel día; porque Saúl había juramentado al pueblo, diciendo: Cualquiera que coma pan antes de caer la noche, antes que haya tomado venganza de mis enemigos, sea maldito. Y todo el pueblo no había probado pan” (1 Samuel 14:24). Ese día terminó en un fiasco, cuando el hijo de Saúl, Jonatán, quebrantó el mandato de su padre sin saberlo, al probar la miel de un panal que encontró en el camino.

Más tarde, Jonatán se enteró con incredulidad de la ridícula orden decretada por su padre, que negaba a los hombres todo alimento mientras luchaban contra los filisteos. Y aquel día terminó en caos: “Se lanzó el pueblo sobre el botín, y tomaron ovejas y vacas y becerros, y los degollaron en el suelo; y el pueblo los comió con sangre” (1 Samuel 14:32). Las decisiones irracionales de Saúl, a cada paso habían traído malos resultados. El

testimonio diciendo: He hallado a David hijo de Isaí, varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero” (Hechos 13:21-22).

Un gobernante que los israelitas merecieron, que tenía solamente la *apariencia* de un buen líder guiado por Dios, terminó en el fracaso. En cambio, un hombre realmente bueno, y conforme a los deseos de Dios, llegó a ser el rey humano más grande en la historia de Israel. ¿Qué lección podemos obtener para nosotros?

Lo que merecemos

Con el auge de la democracia moderna, nos hemos hecho la ilusión de que nosotros mismos podemos elegir a los mejores líderes. Buscamos personas que respondan a la imagen de lo que debe ser un líder. ¿Es de personalidad simpática? ¿Es alguien que nos motiva para querer seguirlo? ¿Trata los

temas que nos interesan personalmente? ¿Defenderá nuestros valores?

Los ciudadanos de los países democráticos eligen a los candidatos que les parecen más llamativos. Pero en el fondo, la mayoría sabe que cada opción implica transigir con su propia conciencia. Tienen la esperanza... pero intuyen, aunque sea vagamente, que no pueden confiar *plenamente* en sus líderes.

Consideremos una encuesta reciente, con ciudadanos estadounidenses, por el Pew Research Center. Esto fue lo que revelaron sus encuestas: “El año pasado, el 16% dijo que confiaban en el gobierno casi siempre, o la mayor parte del tiempo, porcentaje entre los más bajos en casi siete decenios de encuestas” (*Pew Research Center*, 24 de junio del 2024). Vez tras vez decimos: *Esta vez será diferente. Esta elección será diferente*. Y aprendemos, como lo aprendió la antigua Israel, que lo que vemos en nuestros presuntos líderes generalmente es un espejismo de nuestros propios deseos.

¿Adónde nos lleva esto?

Para muchas personas y de muchas maneras, la vida en el mundo moderno, especialmente en el Occidental, indudablemente es mejor que la vida de los pueblos durante toda la historia. Hay quienes atribuyen esa mejora a la sabiduría y capacidad del hombre, pero los estudiosos de la Biblia saben que, la verdadera razón de la prosperidad de los Estados Unidos, y las naciones descendientes de los británicos, radica en la promesa hecha por Dios hace muchísimos años a Abraham. Esa promesa les concedía riqueza y prosperidad sin igual en toda la historia. Estas naciones heredaron un marco de valores que en gran parte eran bíblicos y, pese a su constante rebeldía contra esos valores, quienes se rigen por ellos continúan recibiendo sus beneficios.

Es triste constatar que en vez de acercarse más al Dios que los ha bendecido, y de suplicarle que guíe a sus naciones y líderes para que sigan sus caminos, como pueblo le han dado la espalda a Dios. Las Escrituras nos dicen qué piensa Dios de esas naciones: “Mi pueblo no oyó mi voz, e Israel no me quiso a mí. Los dejé, por tanto, a la dureza de su corazón; caminaron en sus propios consejos. ¡Oh, si me hubiera oído mi pueblo, si en mis caminos hubiera andado Israel! En un momento habría yo derribado a sus enemigos, y vuelto mi mano contra sus adversarios” (Salmos 81:11-14).

La gente dedica cantidades enormes de tiempo a promocionar a un líder político, discutiendo sobre la capacidad de los

candidatos para traer soluciones a los países atribulados. Observamos a los políticos proclamando cuánto bien harán por el pueblo, cuán superiores son a sus rivales. Los vemos criticar y ridiculizar a sus rivales y, cerrando los ojos al hecho de que no reflejan ni bondad, ni verdad, ni sabiduría; se espera de ellos, en vano, algo mejor. Se espera que las decisiones que tomen en el cargo, de alguna manera concuerden con los valores divinos, aunque su carácter no lo sea. Y vemos a los conciudadanos apasionadamente desunidos respecto de qué candidato es el mejor, a la vez que vemos ampliarse las divisiones por principios, clases, culturas y condiciones socioeconómicas. Y pese a todo, creen ingenuamente que pueden decidir lo que será mejor para la nación, cuál de los líderes políticos traerá los mejores resultados.

¿Pero acaso alguien pregunta la opinión de Dios?

Claramente leemos lo que piensa Dios de la necedad: “Se levantarán los reyes de la Tierra, y príncipes consultarán unidos contra el Eterno y contra su ungiendo, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los Cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira” (Salmos 2:2-5).

El líder que necesitamos

Pronto llegará el día cuando este mundo tendrá un líder escogido por Dios, un líder que traerá, finalmente, la paz y las soluciones a los problemas de la humanidad. Y será el mismo que escogió para la antigua Israel, un rey que era conforme a su propio corazón:

“Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces. Y reposará sobre Él el Espíritu del Eterno; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor del Eterno. Y le hará entender diligente en el temor del Eterno. No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos; sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la Tierra; y herirá la Tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío. Y será la justicia cinto de sus lomos, y la fidelidad ceñidor de su cintura. Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará;

el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará... No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la Tierra será llena del conocimiento del Eterno, como las aguas cubren el mar. Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa” (Isaías 11:1-6, 9-10).

Las apariencias engañan, pero Jesucristo, como Rey de reyes, no juzgará según las apariencias sino según el corazón. Guiará con sinceridad y verdad, con amor, misericordia y bondad. En su reinado enseñará a la humanidad a quitarse la mentalidad carnal que le hace rechazarlo. Gobernará de tal manera que la humanidad querrá obedecerle y someterse a Él.

El mismo refrán

Desde Adán y Eva, la humanidad ha venido repitiendo la misma canción. Las bendiciones que Dios provee se reciben *porque sí*, y a Él se le da la espalda. Cuando comieron del árbol del conocimiento del bien y del mal, la primera pareja se declaró capaz de salir adelante por su propia cuenta, sin acudir a Dios como guía. Como resultado, la humanidad ha padecido bajo un sinnúmero de sistemas ideados por su propia imaginación, y que parecen *superiores* al camino de Dios.

Algunos de esos sistemas concebidos por la mente humana, incluso se presentan a nombre de lo que muchos creen proviene del cristianismo. En los Estados Unidos estamos viendo surgir una filosofía conocida como *nacionalismo cristiano*, que supuestamente aplica los principios cristianos a la política y al gobierno. Lamentablemente, como se puede leer en el artículo: *¿Es peligroso el cristianismo?*, en la página 4 de esta edición; la gente olvida que los engaños más peligrosos nos llegan con el falso rótulo de *cristianismo*. Pero mirando hacia atrás el ejemplo de la antigua Israel, debe enseñarnos a desconfiar de quienes nos ofrecen a un rey humano, presidente o primer ministro; como sustituto satisfactorio de Dios y su gobierno perfecto.

El ejemplo de la antigua Israel, como hemos visto, es una oportuna ilustración para nosotros. Cuando los israelitas declararon que deseaban un rey humano en lugar de Dios, les dio el líder que merecían. ¿Acaso podemos negar que estamos haciendo eco de un coro rebelde, observando el estado actual de la política electoral? 

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Jesús fue cruelmente torturado antes de ser crucificado.

Pregunta: Las Escrituras dicen que Jesucristo fue azotado por Poncio Pilato antes de la crucifixión (Mateo 27:26; Marcos 15:15; Juan 19:1). ¿Tuvieron estos azotes algún significado especial?

Respuesta: El apóstol Pedro explica, refiriéndose a la crucifixión, que el Salvador “llevó Él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1 Pedro 2:24). Las palabras de Pedro hacen eco a las del profeta Isaías cuando relató la venida del Mesías: “Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:5).

Lo que Jesús soportó no fueron unos azotes rituales. Aunque no le quebraron ningún hueso (Salmos 34:20; Juan 19:36), las Escrituras predijeron que a causa de la flagelación tan extrema, “fue desfigurado de los hombres su parecer” (Isaías 52:14).

¿Con qué objeto soportó Jesucristo tan terrible flagelación? Veamos sus palabras: “He venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10). La vida eterna es el don que Dios dará en la resurrección, pero con estas palabras Jesús se refería a una abundancia que sus seguidores tendrían en la vida física.

No hay, desde luego, nada más importante que la sanidad espiritual, que se produce cuando los discípulos reciben el Espíritu Santo, y reemplazan su naturaleza humana carnal con la naturaleza espiritual de Jesucristo. Pero, ¿es esto todo lo que hay en su sacrificio? ¡No! La sangre derramada de Jesús pagó la pena de nuestros pecados y hace posible el don de la vida eterna (Romanos 6:23). Pero su cuerpo quebrantado, “su llaga”, simbolizado en el pan que tomamos en el servicio de la Pascua (1 Corintios 11:23–24), hizo posible realmente nuestra sanidad física.

La vida espiritual eterna es un don, un regalo que no se puede ganar ni merecer. En cambio, quienes desobedecen voluntariamente a Dios y se rebelan contra su ley, posiblemente estarán rechazando ese don (Hebreos 6:4–6). De igual manera, si obedecemos las leyes físicas que gobiernan la vida humana, podemos disfrutar de salud, pero si actuamos al contrario de esas leyes, podemos esperar enfermedades. Jesucristo, el Dios del Antiguo Testamento (1 Corintios 10:4), les dijo a los antiguos israelitas: “Si oyeres atentamente la voz del Eterno tu Dios, e hicieres lo recto delante de sus ojos, y dieres oído a sus mandamientos, y guardares todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te enviaré a ti;

porque yo soy el Eterno tu sanador” (Éxodos 15:26).

Las Escrituras confirman que “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Todos necesitamos sanidad. Cuando pecamos, pedimos el perdón divino y si somos realmente sinceros, nos arrepentimos y lo demostramos cambiando nuestro proceder. Este principio se aplica también a la sanidad física. Dios, por ejemplo, puede sanar el enfisema de un fumador de larga data. Pero si la persona sanada no deja de fumar, no puede esperar que Dios lo bendiga con más sanidad. Al contrario, cuando pedimos sanidad, debemos examinarnos con diligencia para discernir en qué hemos podido violar las leyes fundamentales de la salud, y fue así como quedamos sujetos a la enfermedad. Siempre debemos estar dispuestos a cambiar el proceder que nos perjudicó la salud, y debemos proceder, con esfuerzo, a hacer realmente esos cambios (1 Corintios 11:31–32).

¿Qué más debemos hacer si deseamos la sanidad de parte de Dios? El apóstol Santiago dio estas sencillas instrucciones: “¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la Iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5:14–16). Estas palabras estimulantes del apóstol nos hacen recordar que tenemos el poderoso recurso de pedir que un ministro de Dios nos unja. Además, así como debemos orar por los demás, conviene también pedir las oraciones de otros discípulos fieles.

Con los terribles azotes que Jesús recibió antes de ser crucificado, pagó por nuestros pecados físicos y “por su llaga fuimos nosotros curados” ^[1]



REINO UNIDO Y LAS CORRIENTES DE LA HISTORIA

El desastre de Áberfan: Un día trágico y un futuro esperanzador

Un desastre desgarrador cobró la vida de 116 niños y 28 adultos.

Pero por cada vida perdida, la Palabra de Dios ofrece una esperanza para el futuro.

Por: Simon R. D. Roberts

En la mañana del 21 de octubre de 1966, el pueblo minero galés de Áberfan despertó en medio de una espesa niebla otoñal, tras semanas de copiosas lluvias. A la sombra de gigantescos apilamientos o vertederos de escombros de carbón, provenientes de las minas locales de Merthyr Vale, los niños caminaban hacia la escuela Pantglas Junior. A las nueve y quince minutos de la mañana, cuando empezaban las clases, se deslizaron por la pendiente 110.000 metros cúbicos de lodo de carbón licuado. Tras un estruendo atronador, siguió una masiva avalancha negra de seis metros de altura que, rompiendo las paredes y entrando con violencia por las ventanas, sepultó a los jóvenes escolares y al profesorado.

Aquel día perdieron la vida 116 niños y 28 adultos. Con todo y los esfuerzos heroicos de la comunidad y los servicios de rescate, solo sobrevivieron unos pocos que se encontraban en las aulas al fondo del edificio.

Esa catástrofe, la peor que haya afectado niños en la historia moderna del Reino Unido, estuvo a punto de borrar en segundos toda la generación de una comunidad. Los sobrevivientes, padres, hermanos y demás miembros de la comunidad adolorida, llevan 58 años sufriendo los profundos efectos del siniestro. ¿Qué consuelo y qué esperanza encontramos en la Palabra de Dios para quienes perdieron la vida, y para los sobrevivientes que sufren por recuerdos tan vívidos como si la avalancha hubiera ocurrido ayer?

La tragedia de Áberfan

Como tantas comunidades en el valle de Gales del Sur, Áberfan (pronunciado “Ábuvan”), existía a causa de la mina de carbón local, donde se empleaba a muchos trabajadores que laboraban tanto bajo tierra como en la superficie. Los mineros conocían los peligros de su trabajo, entre ellos el colapso de los túneles, la presencia de gases venenosos y la acumulación de polvo de carbón en los pulmones. Los riesgos para sus familias se consideraban mínimos en comparación.

La minería de carbón es un proceso que produce enormes cantidades de escoria, residuos que es preciso desechar. La mina de Merthyr Vale tenía varias escombreras, de las cuales la más reciente medía 34 metros de altura, y estaba situada sobre un manantial natural. En las últimas tres semanas, las lluvias copiosas de primavera habían convertido la escoria en lodo, y a las siete y treinta de esa mañana, los trabajadores del turno matinal se encontraron con un pequeño hundimiento del suelo.

Los estudiantes de la escuela primaria Pantglas, situada cuesta abajo del apilamiento, habían comenzado su último día de clases, antes de las vacaciones de medio semestre. Los desechos del carbón empezaron a deslizarse hacia ellos, avanzando a una velocidad que no dejó tiempo para advertencias. Los sobrevivientes relataron la manera en que el lodo inundó las aulas, atrapando cuerpos como un cemento espeso, y aplastándolos bajo el peso de los escombros. Cuando se detuvo el estrépito, todo estaba negro y silencioso. Los

datos clínicos revelaron más tarde que la mayor parte de las víctimas murieron por asfixia. Quienes aún tenían vida, comprendieron que estaban atrapados al lado de sus maestros, amigos y compañeros que habían perecido. Incapacitados para liberarse, esperaron el rescate.

La comunidad no tardó en darse cuenta de la magnitud de la catástrofe, y se lanzó a trabajar a mano limpia para liberar a los sobrevivientes. Llegaron socorristas y mineros, conscientes de que sus propios hijos aún estaban desaparecidos. Aparte de todo, el alud había roto la tubería principal del acueducto y esto sumó más agua al lodo. Al principio había pocas herramientas de trabajo, y los escombros se pasaban de mano en mano por una fila de gente. De cuando en cuando sonaba un pito, y centenares de rescatadores quedaban en silencio, atentos a oír gritos de algún sobreviviente. Aun los más fuertes rompían en llanto, ante la situación tan horrenda. Después de las once de la mañana no se hallaron más sobrevivientes, y no fue hasta una semana después que se logró recuperar la totalidad de las víctimas. Los cuerpos se iban depositando en una capilla vecina para su identificación. Reinaba un espíritu de cooperación extraordinario, y cuando la noticia se publicó en la televisión, llegó gente de fuera de Áberfan para ayudar.

Se estima que unas 10.000 personas asistieron a las exequias colectivas de 81 niños y una madre, sepultada en el cementerio de Áberfan el 7 de octubre con sus dos hijos a ambos lados. Hoy un jardín conmemorativo florece en el sitio de la escuela Pantglas Junior.

Para muchos de los escolares sobrevivientes, ese fue el día en que se acabó su niñez. Algunos jamás han hablado en detalle de su experiencia, mientras que otros han hallado consuelo al compartir sus recuerdos y su dolor. Muchos sufrieron terrores nocturnos, temor a la oscuridad, síndrome posttraumático y sensación de culpa por contarse entre los que sobrevivieron. Los padres que habían perdido a sus hijos no soportaron ver a los otros niños jugando en la calle. Tan grande era su pena que evitaban toda mención de sus hijos fallecidos, incluso con otros que habían sufrido la misma pérdida.

El 2 de noviembre de 1966 se inició un juicio de cinco meses para investigar la causa del desastre, que determinó que la Junta Nacional del Carbón era completamente responsable. El temor al cierre de la mina y a la pérdida importante de puestos de trabajo, tal vez había hecho que la comunidad dudara a la hora de afrontar los posibles peligros.

En el 50 aniversario de la catástrofe, el rey Carlos III, entonces Príncipe de Gales, habló en Áberfan refiriéndose a *la más dolorosa pena* de la comunidad, pero también a *su más ejemplar generosidad* y a la valentía y resolución de los sobrevivientes. Al pensar en la trágica pérdida de vidas jóvenes, sus posibilidades sin llegar a realizar, y la pena desesperada de las familias afectadas; tenemos que preguntar: ¿No tendrán ninguna esperanza?

La esperanza de la resurrección

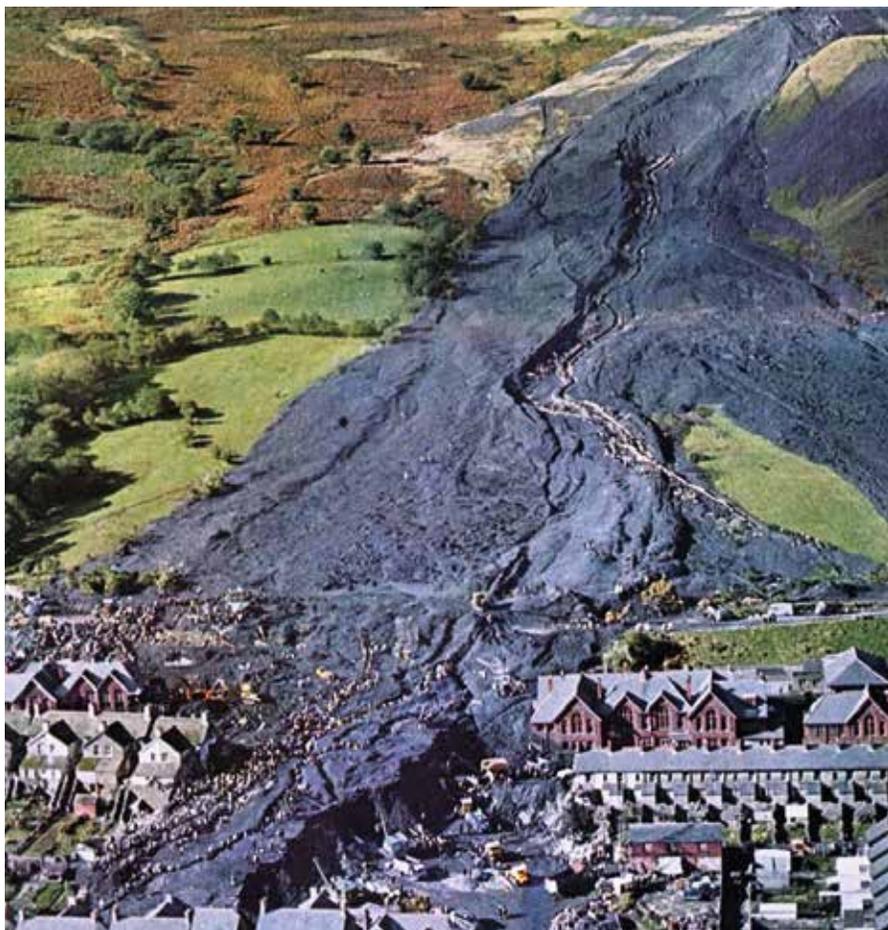
Dios tiene un plan y un propósito para toda la humanidad: “Yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice el Eterno, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis” (Jeremías 29:11). Hay quienes pensarán que aquellos niños de Áberfan no tienen futuro ni esperanza, que su breve paso por la vida llegó a su fin ese día con todos sus

sueños sin cumplir. Sin embargo, las Escrituras son claras cuando dicen que los muertos solo están dormidos, a la espera de retornar a la vida (1 Tesalonicenses 4:13-15). Nuestra esperanza debe reflejar la del apóstol Pablo: “Teniendo esperanza en Dios... ha de haber resurrección de los muertos” (Hechos 24:15).

Apocalipsis 20:5 dice que tras los primeros mil años del reinado de Jesucristo en la Tierra, “los otros muertos” resucitarán, y Ezequiel 37 explica que esta será una resurrección a la vida física, no a la inmortalidad, como la primera resurrección del pueblo de Dios al final de la era presente. Esa resurrección incluirá a la gran mayoría de las personas que han vivido, porque nunca tuvieron la oportunidad de conocer a Dios (Mateo 11:21-24; Juan 6:44, 65).

Los preciosos niños de Áberfan tendrán su oportunidad de conocer la Biblia. Y Dios dice que *entonces* los juzgará con misericordia “por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras” (Apocalipsis 20:12). Al considerar a los miles de millones que mueren en circunstancias trágicas, es consolador e inspirador saber que su doloroso fin *no* es el fin.

Con su amor incommensurable por la humanidad, Dios tiene planes increíbles para los niños de Áberfan, creados todos a su imagen (Génesis 1:26-27). No los ha olvidado, sino que ellos vivirán, volverán a ver a sus amigos y compañeros, y sabrán lo que es la felicidad abundante en la obediencia a Dios. Llegarán a comprender la finalidad suprema que Dios ha dispuesto para todo ser humano, y tendrán la oportunidad de aceptar genuinamente la verdad divina. Esta es la esperanza maravillosa para el futuro de las familias y los niños de Áberfan. MM



Tragedia de Áberfan, 1966: Una escombrera minera colapsó sobre el pueblo galés de Áberfan, causando 144 muertes, mayormente niños. Un terrible recordatorio de los peligros de la minería irresponsable.



¿Deben los cristianos guardar el sábado?

Los cristianos adoramos a Dios todos los días de la semana. Pero, ¿debemos apartar algún día especial como santo? ¿Cuál día debe ser tan especial?

Por: Richard F. Ames

Las diferentes religiones apartan diferentes días como días festivos y tiempo de culto. La mayoría de los dos mil cien millones de seres humanos que siguen el cristianismo en el mundo, tienen el domingo como su día de culto. Los mil trescientos millones de musulmanes guardan el viernes como su día semanal, y millones de judíos observan el sábado, contando del atardecer del viernes al atardecer del sábado.

¿Tiene alguna importancia el día que guardemos? ¿Le importa a Dios cuál día observemos, con tal de que lo adoremos? La

mayoría de quienes se declaran cristianos, se limitan a aceptar lo que sus padres o su iglesia les han enseñado como tradición. Yo hice lo mismo hasta que alcancé la edad adulta. De niño, le pregunté a mi madre: “¿Por qué guardamos el domingo si el cuarto mandamiento en la Biblia dice que guardemos el sábado?” Me dio alguna respuesta ligera que acepté en ese momento. ¿Podemos ahora responder a esa pregunta? ¿Cuál día es el día de adoración y culto cristiano?

¿De dónde sacó el mundo llamado cristiano la idea de que el domingo es el día de culto? Es sorprendente en gran manera el saber que algunos grupos religiosos enseñan que sus tradiciones ¡tienen más autoridad

que la Biblia! Veamos esta afirmación del teólogo anglicano Isaac William: “¿Dónde nos dicen las Sagradas Escrituras que debemos guardar el primer día? Allí se nos manda guardar el séptimo día, pero en ninguna parte se nos manda guardar el primero... La razón por la cual santificamos el primer día de la semana en vez del séptimo es la misma razón que nos lleva a guardar muchas otras cosas: no porque la Biblia lo haya mandado, ¡sino porque lo ha mandado la Iglesia!” (Sermones en el catecismo, vol. 1, pág. 334, 336).

¿Razona bien este predicador? ¿Acaso la Biblia, la Palabra de Dios, tiene menos peso que las tradiciones de una iglesia?

¿Cuál ejemplo nos dio Jesucristo? Leamos lo que dice la Biblia sobre las prácticas de Jesús al comienzo de su ministerio: “Vino a Nazaret, donde se había criado; y en *el sábado* entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer” (Lucas 4:16, RV 1995).

Sí, ¡Jesús tenía por costumbre rendir culto a Dios en *el sábado!* Desde los tiempos de Jesús, y siglos antes, la comunidad judía ha documentado muy cuidadosamente su observancia del sábado como el séptimo día de la semana, día de reposo que se guarda desde el atardecer del viernes, hasta el atardecer del sábado. Sabemos por miles de constancias cuidadosamente guardadas que el ciclo semanal de siete días nunca se ha interrumpido. Quienes rinden culto a Dios en el sábado, lo están haciendo el séptimo día de la semana, ¡el mismo día que guardaba Jesús!

Hagámonos esta pregunta: ¿Acaso Jesús dio su ejemplo de guardar el sábado, y los demás preceptos bíblicos, para que nosotros **no** tuviéramos que hacerlo? Parece increíble, ¡pero muchos predicadores enseñan precisamente eso! ¿Acaso Jesús dijo a sus seguidores, aunque fuera una sola vez, que hicieran caso omiso de su ejemplo? Todo lo contrario: “Porque también Cristo padeció por nosotros, *dejándonos ejemplo*, para que sigáis sus pisadas” (1 Pedro 2:21). Jesús no solamente guardó los mandamientos, sino que también nos mandó guardarlos. Por eso dijo: “Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos” (Mateo 19:17). La respuesta completa de Jesús muestra claramente que se estaba refiriendo a los diez mandamientos.

El ejemplo del apóstol Pablo

Hemos visto que Jesús guardaba el sábado. Ahora preguntemos si el apóstol Pablo, quien fue *el apóstol a los gentiles*, lo guardó también, o si por el contrario, nos dio ejemplo de que los cristianos de origen gentil no tienen que guardar el sábado. Recordemos que Pablo recibió formación de fariseo, y como tal, conocía muy bien las Sagradas Escrituras. Estando en Grecia, en la ciudad de Tesalónica, predicó tres sábados seguidos a los judíos en la sinagoga. Notemos que esta era su costumbre, es decir que, predicaba el sábado con regularidad: “Pablo, como acostumbraba, fue a ellos, y por tres sábados discutió con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras, que era necesario que el Cristo padeciera y resucitara de los muertos. Y decía: Jesús, a quien yo os anuncio, es el Cristo”

(Hechos 17:2-3, RV 1995).

Vemos que Pablo predicaba con regularidad el sábado a los judíos. ¿Y a los gentiles? ¿Les predicaba también a ellos los sábados? Veámoslo en la ciudad gentil de

domingo expresamente como día de descanso: “Sin embargo, nosotros (tal como nos lo ha enseñado la tradición), en el día de la resurrección del Señor debemos guardarnos, no solamente de arrodillarnos, sino de toda postura y posi-

En las Sagradas Escrituras no hay absolutamente ninguna instrucción de parte de Dios que nos exija guardar el domingo en vez del sábado como día santo.

Corinto, en Grecia. “Discutía en la sinagoga todos los sábados, y persuadía a judíos y a griegos” (Hechos 18:4, RV 1995). ¡Pablo predicaba a los gentiles durante el sábado!

Si Pablo hubiera pretendido que los cristianos guardaran el domingo en vez del sábado, sería de esperar que predicara el domingo... o al menos a los cristianos de origen gentil. ¿Acaso lo vemos haciendo algo así en la Biblia? Observemos el ejemplo de Pablo en Antioquía, ciudad situada en la actual Turquía. ¿Qué ocurrió después del sermón que predicó ante judíos y gentiles en la sinagoga ese sábado? “Cuando salieron ellos de la sinagoga de los judíos, los gentiles les rogaron que el siguiente sábado les hablaran de estas cosas” (Hechos 13:42, RV 1995).

Si Jesús o los apóstoles hubieran cambiado el día de reposo y culto de sábado a domingo, esta sería la oportunidad perfecta para que Pablo les dijera a los gentiles: “No tienen que esperar hasta el próximo sábado; nosotros, los cristianos adoramos ahora en el domingo. ¡Reúnanse con nosotros mañana!” *¿Pero no lo hizo!* ¿Qué dice la Biblia?: “El siguiente sábado se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios” (v. 44).

¡Pablo impartía sus enseñanzas a los cristianos gentiles el sábado! También ordenó que los corintios, cuyo origen era gentil, siguieran su ejemplo. Recordemos sus instrucciones: “Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo” (1 Corintios 11:1) o bien “Sigan ustedes mi ejemplo, como yo sigo el ejemplo de Cristo” (Dios habla hoy). Es así como Jesús, Pablo y los apóstoles ¡establecieron el ejemplo para que todos los cristianos guarden el sábado!

¿Por qué el cambio?

Siendo tan claro el ejemplo de Jesús y sus apóstoles, bien podemos preguntarnos: ¿Cuándo fue que la cristiandad empezó a observar el domingo, en vez del sábado o séptimo día como día de reposo? Veamos: “Tertuliano (año 202 d.C.) es el primer escritor que menciona el

ción de diligencia, difiriendo incluso nuestros negocios, no sea que demos lugar al diablo” (Domingo, *Enciclopedia Católica*). Eso ocurrió 202 años después de Cristo, ¡más de 170 años después de la muerte, sepultura y resurrección de Jesucristo, el Mesías!

Más tarde, en el cuarto siglo después de Cristo, el emperador romano Constantino impuso el domingo como día de culto en todo su Imperio. Constantino era pagano, adorador del Sol. Y emitió el siguiente edicto en el año 321: “En el venerable día del Sol... descansen... todos los magistrados y el pueblo” (Legislación dominical, *Enciclopedia de religión Schaff-Herzog*).

Desobedecer el mandato del emperador podría significar la muerte para los cristianos observantes del sábado. Pocos años después, la Iglesia Romana también dictó un asombroso decreto en el Concilio de Laodicea. En este se declaró: “Los cristianos no han de ser judaizantes, descansando el sábado, sino que deben laborar ese día, descansando más bien el domingo. Mas si se hallare cualquier judaizante [guardando el sábado de Dios], sea declarado anatema de Cristo” (*Historia de los concilios de la Iglesia*, pág. 316). Los cristianos que guardaban el sábado quedaban tildados de herejes.

Tanto el gobierno como las iglesias se pusieron en contra de los cristianos que guardaban el sábado. No obstante, el auténtico cristianismo que se inició en el primer siglo, que jamás dejó de seguir el ejemplo de Jesucristo de guardar el cuarto mandamiento, ha perseverado hasta el día de hoy pese a las persecuciones. Los anales de la historia demuestran desde el primer siglo hasta la actualidad, que ha habido una continuidad de creyentes que han guardado los mandamientos de Dios y la fe original a lo largo de los siglos. El personal que publica esta revista es continuación directa de la Iglesia que, cumplida la promesa de Dios, *nunca ha podido ser destruida* (Mateo 16:18). Quienes deseen saber más sobre este tema, pueden solicitar el *Curso bíblico por correspondencia* de *El Mundo de Mañana*. O pueden descargarlo desde nuestro sitio en la red: www.elmundodemanana.org.

¿Fue el sábado anterior a Moisés?

Hay quienes creen que la observancia del sábado se instituyó como costumbre judía en el monte Sinaí, cuando Moisés recibió las tablas de los diez mandamientos. ¡Pero esto no es así! Veamos cómo relata la Biblia lo que ha venido a llamarse “la semana de la creación”. Leemos que Dios creó al varón y a la mujer el sexto día. ¿Y luego, qué ocurrió el séptimo día?: “Fueron, pues, acabados los Cielos y la Tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios el día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación” (Génesis 2:1-3).

El sábado o día de reposo, es un recuerdo de la creación, y señala hacia el verdadero Dios y Creador del Universo. Tuvo un significado especial desde el momento mismo de la creación, y sigue teniendo un profundo significado para los verdaderos discípulos de Jesucristo, quienes ven en el séptimo día un símbolo del reinado de mil años del Rey de reyes y Señor de señores en la Tierra.

¿Cuál fue la relación de Jesús con el sábado? ¿Acaso dijo que era Señor del domingo, o que el domingo era el día del Señor? ¡No! Jesús dijo: “El sábado fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del sábado. Por tanto, el Hijo del hombre es Señor aun del sábado” (Marcos 2:27-28, RV 1995). ¿Cuál es el día del Señor si Jesús es Señor del día de reposo, o sábado? ¿El domingo? ¡Por supuesto que no! El día del Señor es el sábado, como lo dijo Jesús. La expresión “día del Señor” aparece en Apocalipsis 1:10, y allí ni siquiera se refiere a un día de la semana, sino al período profético conocido como el día del Eterno que culmina con la segunda venida de Jesucristo.

La epístola a los Hebreos presenta el sábado como un anticipo del reposo milenar en la Tierra, además de un recuerdo del descanso de Dios cuando concluyó la creación. Respecto de la desobediencia de los antiguos israelitas, cuando estaban en marcha hacia la tierra prometida, leemos: “Si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día. Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios” (Hebreos 4:8-9). La palabra griega original para “reposo” en el versículo 9 es *sabbatismos*, que significa “observancia del sábado”.

Si, aún queda un sábado de reposo para el pueblo de Dios, ¡hasta el día de hoy! Cabe entonces preguntar: ¿Se trata de un simple descanso simbólico, o es un verdadero descanso en el sábado? Un buen diccionario bíblico, como el *Diccionario bíblico Anchor*, aclara que en otros contextos, incluso en escritos seculares griegos que no dependen de este

versículo de Hebreos, la palabra *sabbatismos* significa clara y literalmente “observancia del sábado” o “celebración del sábado”. ¡No hay duda de que este versículo plantea, en el Nuevo Testamento, la observancia literal del sábado por parte de los discípulos de Jesucristo!

Si los verdaderos discípulos de Jesucristo han de suspender su trabajo, como Dios suspendió el suyo (Hebreos 4:10), debemos preguntarnos: ¿Cómo suspendió Dios su trabajo? Las Sagradas Escrituras nos dan la respuesta: “En cierto lugar dijo así del séptimo día: Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día” (Hebreos 4:4).

¡No hay que adivinar nada! Los discípulos de Jesucristo del Nuevo Testamento deben descansar, como descansó Dios, ¡en el séptimo día! Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento le dan al discípulo ejemplos e instrucciones claras, en el sentido de santificar el sábado. Si consideramos que nuestra autoridad es la Biblia, y no alguna tradición eclesiástica que pretenda valer más que la Biblia, ¡entonces no tenemos otra opción! ¿Cuál es la autoridad que rige nuestra vida?

¿Las Escrituras o la tradición?

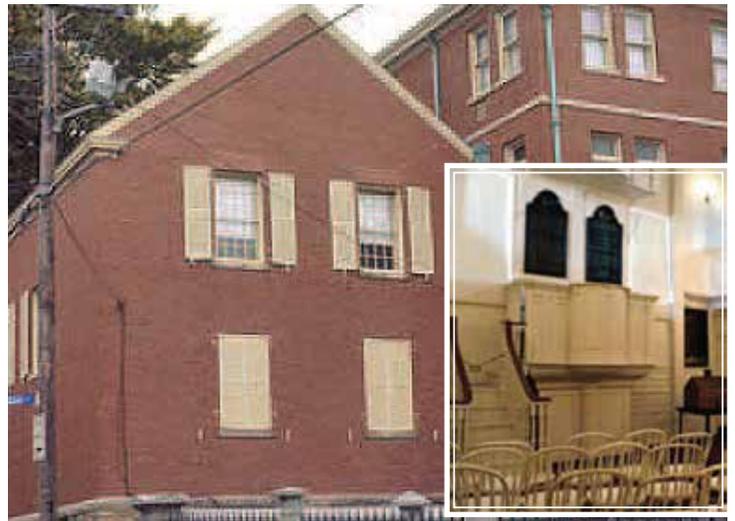
Ya leímos la afirmación clara de un teólogo anglicano en el sentido de que fue la tradición eclesiástica, y no las Sagradas Escrituras, la que impuso la observancia del domingo en lugar del sábado. Otros teólogos se muestran de acuerdo. El conocido teólogo católico cardenal James Gibbons, escribió en su libro *La fe de nuestros padres*, una afirmación contundente: “Se puede leer la Biblia desde el Génesis hasta el Apocalipsis, sin encontrar un solo renglón que autorice la santificación del domingo. Las Escrituras imponen la observancia religiosa del sábado, día que nosotros jamás santificamos”.

Gibbons reconoce, que si nuestra autoridad es la Biblia, entonces no tenemos bases para guardar el domingo. Las Sagradas Escrituras, dice, imponen “la observancia religiosa del sábado”. Gibbons reconoce que fue el Concilio de Laodicea, en el siglo cuarto después de Cristo, y no las páginas

de la Biblia, lo que llevó al mundo llamado cristiano, a pasar del sábado o séptimo día, a la observancia del domingo.

De modo similar, un conocido ministro de la Iglesia Bautista del Sur, Harold Lindsell, quien fue editor de la revista: *Cristianismo hoy*, escribió: “No hay nada en las Escrituras que nos exija guardar el domingo en vez del sábado como día santo”.

¿Qué debemos hacer nosotros, en vista de todo esto? Hay que estudiar la Biblia, y decidir si estamos dispuestos o no a vivir “de toda palabra que sale de la boca de Dios”,



En 1672, un grupo de cristianos en Newport, Rhode Island, comenzaron una congregación que guarda el sábado como día de reposo; la fotografía es de su salón de reunión, construido en 1729.

como nos dice Jesús en Mateo 4:4 y Lucas 4:4. Jesús dijo que es el Señor del sábado. Guardó el sábado con regularidad y nunca quebrantó la ley. También declaró: “Yo he guardado los mandamientos de mi Padre” (Juan 15:10). ¿Seguiremos el ejemplo de Jesucristo y las instrucciones de la Biblia? ¿O seguiremos las tradiciones de los hombres?

Quienes tengan cualquier duda sobre qué día es el día del reposo cristiano, les sugiero leer lo que dice la Biblia sobre el futuro Reino de Dios, cuando Jesucristo gobernará todas las naciones del mundo: “Como los Cielos nuevos y la nueva Tierra que yo hago permanecerán delante de mí, dice el Eterno, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre. Y de mes en mes, y de *sábado* en *sábado*, vendrán todos [toda la humanidad] a adorar delante de mí, dice el Eterno” (Isaías 66:22-23, RV 1995).

En el Reino de Dios, todo ser humano guardará el sábado o séptimo día. Será un mundo extraordinario y maravilloso. Los verdaderos discípulos, en su culto de adoración a Dios, ahora están viviendo un anticipo de esa época futura en nuestros días. MM



Las obras de sus manos

Laringe, lenguaje y logos

Por: William Bowmer

Tratemos de imaginar cómo sería nuestra vida si nunca hubiéramos aprendido un idioma. No me refiero a un segundo idioma. ¿Cómo sería nuestro mundo mental si no habláramos *ningún* idioma? Vemos que muchos animales emplean algún tipo de comunicación no verbal. Sin embargo, y pese a que ciertos zoólogos señalan formas de comunicación oral rudimentaria en varias especies, el lenguaje de los seres humanos, y la manera como nosotros formamos idiomas a partir de palabras, es algo muy distinto.

La diferencia se debe en gran parte a la singular composición física del cuerpo humano... y las características que nos distinguen físicamente de los animales, son la base de otras diferencias vitales que marcan la distancia que existe entre nosotros, y todo lo demás que Dios creó.

Qué es la laringe

La laringe humana es un tubo que encierra las cuerdas vocales y regula la respiración, la deglución y el habla. Compuesta de cartílago, ligamentos, músculos y recubierta por una membrana mucosa; la laringe impide que los alimentos entren a la tráquea cuando comemos, y afecta el volumen de nuestra voz; una laringe grande produce una voz más profunda. El mal que llamamos *laringitis* es la inflamación de la laringe, que suele traducirse en una disminución de la capacidad de hablar.

Este extraordinario segmento de nuestra vía respiratoria, es tema de controversia entre los evolucionistas, muchos de los cuales lo toman como prueba de un desarrollo evolutivo fortuito. El evolucionista Richard Dawkins sugiere, que la laringe humana se ha con-

vertido en “un caos, no como la repetitividad simétrica y regular” de lo que él considera su antecesora en los peces (*The Greatest Show on Earth*, pág. 360). Señala que, en los seres humanos, el nervio laríngeo es unas siete veces más largo de lo que sería si siguiera la ruta más directa entre el cerebro y la garganta. Y, de hecho, en su ruta sinuosa ese nervio del ser humano, cumple más funciones que el nervio más corto y simple de los peces.

Como era de esperar, los primates difieren de otros mamíferos, y la laringe humana difiere aún más de la de otros primates de un modo vital y sorprendente. Carece de la membrana vocal, que se encuentra en otros primates, y también de los sacos aéreos que ayudan a muchas especies de simios a emitir sus atronadores gritos. Este es un enigma para los evolucionistas: ¿Podría la ganancia evolutiva de la membrana vocal haber beneficiado a los primates en evolución, solo para que su pérdida de alguna manera les haya proporcionado un beneficio adicional?

La carencia de una membrana vocal, en sí no basta para explicar el habla humana. La lengua se conecta en la garganta de una forma diferente en los seres humanos que en los primates, y su forma también facilita el empleo de la laringe, órgano de fonación, para emitir variedad de sonidos controlados, mucho más precisos y distintivos que los gritos y aullidos de los animales.

Los evolucionistas ofrecen sus explicaciones de cada diferencia por separado entre seres humanos y animales, pero todas estas sumadas plantean el problema de la simple imposibilidad matemática y estadística. Sobre este punto podríamos decir mucho más. Para aprender más sobre las incongruencias detrás de buena parte de la teoría evolutiva, rogamos leer nuestro folleto informativo titulado: *Evolución o creación. ¿Qué omiten ambas teorías?* Se puede leer en nuestro sitio en la red: www.elmundodeManana.org, o pedir un ejemplar impreso gratuito.

Cómo usamos las palabras

Por supuesto, tener la capacidad física para hablar no garantiza nuestra capacidad para usarla. De vez en cuando, los científicos y otros investigadores han encontrado niños que pasaron sus primeros años de vida privados del contacto humano, que les enseñaría a usar el lenguaje. En la década de 1970, el caso de Genie Wiley captó la atención internacional cuando, a la edad de 13 años, fue rescatada de un hogar abusivo donde la mantuvieron encerrada y sola en un cuarto durante casi 12 años. Al examinarla, se vio que Genie tenía muy buena habilidad de comunicación no verbal, y reconocimiento del espacio, pero a raíz de su aislamiento no había podido adquirir la destreza del lenguaje. Maestros e investigadores lograron ampliar su vocabulario, pero la gramática, la manera como conectamos palabras para expresar pensamientos complejos, la eludía.

Y, a pesar de mucha cobertura mediática engañosa, encontramos lo mismo en estudios científicos sobre simios, jóvenes o viejos, a los que se les enseña a usar lenguaje de señas; pueden acumular un vocabulario de señas, pero la gramática está más allá de sus capacidades. El lenguaje humano es mucho más que el empleo de sustantivos para indicar cosas, y verbos para indicar acciones. Incluye adjetivos y adverbios, para auxiliar a los sustantivos y verbos, y nos da los tiempos pretéritos y futuros. Un delfín o un ave puede valerse de sonidos para comunicar: “estoy aquí” o “tengo hambre”, a otros de su especie, pero no puede decir: “Ayer tuve hambre, pero no tendré hambre mañana”.

Los seres humanos son únicos, como lo que el filósofo Alfred Korzybski llamó seres “sujetadores del tiempo”. Las plantas son lo que él llamó “sujetadores de sustancias”, en cuanto procesan sustancias químicas para subsistir y prosperar. Los animales son a la vez sujetadores de sustancias y “sujetadores de territorios”, puesto que, al contrario de las plantas estacionarias, se mueven entre sus territorios para subsistir. Solamente los seres humanos son lo que Korzybski llamó “sujetadores del tiempo”.

Podemos, no solamente hablar a los más jóvenes, para pasar nuestro conocimiento a otras generaciones, sino que también podemos hablar del pasado y del futuro. Los zorros que son desplazados de su territorio por urbanizadores que construyen un nuevo bloque, no pueden dar a conocer su experiencia a los zorros que vivirán

dentro de cien años. En cambio, los seres humanos sí tienen la facultad de comprender nuestro pasado, aplicar sus lecciones al presente, y hablar o escribir para beneficio de las generaciones futuras. Sin palabras y sin la gramática que empleamos para conectarlas, esto sería imposible. Testimonio del poder del lenguaje humano es el desarrollo de culturas y formas de vida, con su enorme variabilidad en el tiempo, y en diferentes partes del mundo.

Y hay más. Sabemos por la Palabra de Dios que la diferencia entre simios y seres humanos es más que física, más que aquel dos por ciento del ADN (aproximadamente) que nos separa. Las Escrituras nos dicen que “espíritu hay en el hombre” (Job 32:8). Este espíritu nos distingue de todas las demás criaturas... y nos faculta para recibir el Espíritu *de Dios* (Romanos 8:16).

El Verbo hecho carne

Antes de su nacimiento en la Tierra como el Hijo de Dios, Jesucristo, el Ser divino, se conocía como el *Logos*, palabra griega que significa *Vocero*. Fue el Dios con quien interactuaron los israelitas en todo el Antiguo Testamento, y más tarde vino como el Vocero de su Padre para revelar al Padre a la humanidad: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (Juan 1:1).

Cuando Dios envió su Espíritu Santo a los primeros discípulos en Pentecostés del año 31 d.C., lo utilizó para transmitir ideas que eran *comprensibles* a los oyentes. La multitud de personas reunidas que, muchas de ellas, habían exigido la crucifixión de Jesucristo solo semanas antes, escucharon la Palabra de Dios cada cual en su propio idioma (Hechos 2:6-11). Este milagro de Pentecostés no fue la capacidad de interpretar un galimatías incomprensible, sino el milagro de oír y entender cada uno en su propio idioma, milagro que a muchos llevó al arrepentimiento y al bautismo (vs. 41-42).

Lamentablemente, el habla humana también puede alejar de Dios. Los animales pueden engañar a otros mediante sonidos, pero solamente los seres humanos pueden emplear palabras para mentir. El lenguaje humano puede utilizarse, y de hecho se utiliza, con fines nocivos. Como discípulos fieles, no hagamos caso de las palabras de la humanidad que buscan dividirnos, sino escuchemos las palabras de Jesucristo: “El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero” (Juan 12:48). MM